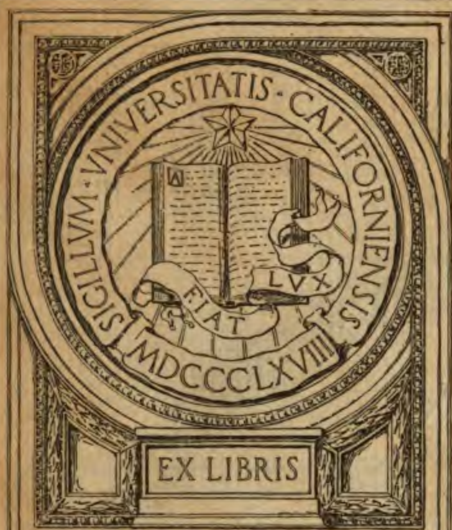

UC-NRLF
$B 77 073


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



ALBUM

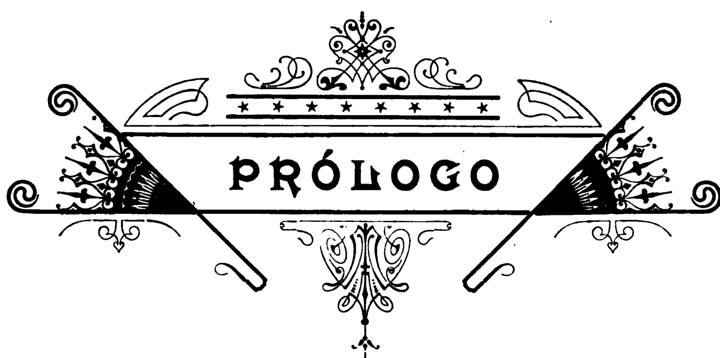
DE

POESIAS

DE

ESCRITORES VALENCIANOS

VALENCIA—1895
IMPR. DE FRANCISCO VIVES MORA
HERNÁN CORTÉS, 6


PRÓLOGO



PRÓLOGO



HACE algunos meses, se me presentó un joven de traza modesta y aspecto simpático. Pidióme mil perdones por la libertad que se tomaba, y dijo así:

—Me llamo Andrés Guillar y soy tipógrafo. Tengo entusiasmo por mi arte y trabajo cuanto puedo para perfeccionarme en él.

—Eso es muy plausible, le contesté, y si en algo puedo ayudarle...

—Ahora le diré mi pretensión, repuso.

Y continuó el diálogo en la siguiente forma:

—Quisiera hacer una obra de mis manos con todo el primor posible; imprimir un librito, en el cual pusiese mis cinco sentidos. No soy más que un modesto operario; pero el Sr. Vives Mora, que conoce mi afición á la imprenta, me facilita los ele-

mentos de la suya, y con ellos confío salir airoso en mi empeño.

—Empeño que honra mucho á usted y por el cual le felicito.

—He pensado mucho para elegir el texto. En primer lugar, yo soy muy valenciano, y quisiera que fuese cosa de Valencia.

—También es eso muy loable. ¡Amor al trabajo y amor á la patria! Son, amigo mío, dos muy santos amores.

—Cosas de Valencia, hay muchas para elegir. He tenido varios pensamientos; pero el que más me gusta es hacer un tomito de versos de poetas valencianos. ¿No le parece á usted que eso estaría bien?

—Retebién, para mí. Otros quizás tachen de pueril y candoroso el pensamiento de usted. No corren buenos vientos para la poesía: hasta hay quien sostiene que la forma poética está llamada á desaparecer. Progresos del siglo son estos, que, por fortuna, no veremos realizados.

—No entiendo yo de eso. Sólo sé que unos versos bonitos, me encanta el leerlos, y á muchos les pasa lo mismo.

—Y les pasará mientras la humanidad exista. Formé buen concepto de usted al ver su amor al arte que profesa; me confirmé en ese concepto, al conocer su afecto á la tierra en que ha nacido, y ahora lo completo, al saber su afición á la poesía, que es como la flor brillante y aromática de la inteligencia humana. ¿Qué puedo hacer, para ayudarle en su empresa?

—A eso voy. Había pensado imprimir una composición de

cada uno de los poetas valencianos (conocidos y reputados por tales poetas), que hoy viven y que de reciente hayan muerto. Para eso, en primer lugar, ruego á usted que me permita insertar una de sus poesías, á gusto de usted.

—Poco valen y olvidadas las tengo, pero si usted quiere que figuren en su libro todos los valencianos conocidos como poetas, yo, sin aspirar á ese título, no puedo negar que escribí y publiqué versos. Tendrá usted una composición mía.

—Mucho se lo agradezco; pero, aunque sea gran atrevimiento, quisiera algo más: que escribiese usted un prólogo para el libro.

—Hombre, para eso no tengo autoridad bastante.

—Precisamente... (y aquí dijo el tipógrafo entusiasta cosas que, sugeridas por su buena voluntad, estaban bien en sus labios, pero estarían mal en mi pluma).

—Después de todo, le dije, tras largas escusas, que grandemente le contrariaban, el libro que usted se propone imprimir no necesita prólogo.

—No quiero que se caliente usted la cabeza, pues demasiado sé cuán ocupado está; pero habrá que decir por qué se publica este libro, añadiendo algo que lo recomiende.

—¡Eso sí! Lo que usted me está diciendo es el mejor prólogo para una obra de esa naturaleza.

—Pero esto que le he dicho á usted no interesa á nadie.

—Interesará, de seguro, á toda persona de buen sentido. ¡Nada! El prólogo está ya: lo ha hecho usted. Será un prólogo

«del propio cosechero». Yo le llevaré la pluma; seré su amanuense.

*
* *

Esa es la historia del presente libro, y ese es el prólogo que necesita. Hablar, con motivo de él, del estado de la poesía en Valencia, de su índole y tendencias, de su adelanto ó retroceso, paréceme cosa fuera de lugar, y lo mismo digo del juicio, calificación ó clasificación de los autores que figuran en este volumen. No ha presidido á su formación un criterio literario. El modesto compilador no tiene tan elevadas pretensiones. Mera manifestación de afecto respetuoso á los cultivadores de la poesía en este hermoso y querido país, esta antología no da ni quita á nadie el título de verdadero poeta, ni antepone ni pospone á ninguno de los que, por ser en este concepto conocidos, han sido rogados para formarla. Por eso se ha seguido, en la inserción de las poesías, el orden alfabético de los autores.

Con estas explicaciones queda terminada mi faena de prologuista, penosa por lo común, y esta vez fácil y sencilla, gracias á las parcas exigencias del que concibió esta publicación con ánimo generoso y le dió material remate con diestra mano, mereciendo los plácemes que, de los amantes de las letras, para él ruega y suplica

TEODORO LLORENTE.

Valencia 15 de Octubre de 1895.

A la Virgen María.

 tus plantas, María,
vengo afligido,
á mis hondos pesares
buscando alivio.
Sólo tu manto
puede, Señora,
secar mis párpados.

—

La que llamé en el mundo
mi madre amada,
dejóme en este triste
valle de lágrimas
huérfano y solo;

yo, Virgen pura,
á tí me acojo.

—

¿Cómo en la tierra vive
hijo sin madre?
Es cual hiedra sin tronco
donde colgarse.
Barca sin puerto.
Ave sin nido,
planta sin riego.

—

Para mí no dá el suelo
fragantes flores,
ni me alegran las aves
con sus canciones.
Nada me encanta;
soy insensible
cuerpo sin alma.

—

No tengo á quien contarle
mis alegrías,
y mis amargas penas
nadie mitiga:
y este tormento
ni tiene alivio,
ni tiene término.

—

Cambia el árbol sus hojas
por otras nuevas,
y trae cada invierno
su primavera.
La madre amada,
el que la pierde
otra no alcanza.

—

Duélete, Virgen santa,
del pobre huérfano,
que á tí viene implorando
tu amor sincero.
No me desaires:
¡sé tú mi amparo!
¡sé tú mi madre!!

—

A tí vendré á contarte
mis alegrías,
y aliviará mis penas
tu faz divina.
Y á mi tormento
darás alivio,
pondrasle término.

—

No te busco tan sólo
por lo que sufro.
Si no sintiese el alma

dolor profundo,
si feliz fuera,
también serías
mi madre y reina.

—

Tengo una imagen tuya
junto á mi lecho:
me la puso mi madre
que está en el cielo.
Y al despertarme
te beso y digo:
«que Dios te salve.»

—

Si un dia el Señor quiere
tenga yo un hijo,
yo sembraré en su pecho
tu amor divino.
No le hará falta
tu santa imagen
junto á su cama.

ESTANISLAO ALBEROLA.

Cuatretonda, 1895.



La estatua viva.

UNA antigua tradición
cuenta que Pigmaleón
labró una estatua tan bella
que con ser mármol, por ella
sintió arder su corazón.
Y que los dioses, al ver
su loco y amante exceso,
le concedieron poder
para trocarla en mujer
por el conjuro de un beso.
Y Galatea—que tal
era el nombre encantador
de aquel sér original,—

bajó de su pedestal
en brazos del escultor.

Esta historia—yo te fio
que lo es, aunque sabe á cuento—
prueba que hasta el mármol frío
cobra vida, fuerza y brío,
si amor le infunde su aliento.

Pero ya el hilo perdí,
y con el hilo la idea,
hablemos de... ¿no es así?
Pigmaleón y Galatea...
ó mejor, de tí y de mí.

Recuerdo que al ver un día
tu soberana hermosura
que altiva y noble lucía,
forjó en tí mi fantasía
una soberbia escultura.

Como estatua te admiraba,
y nuevo Pigmaleón,
por la estatua me abrasaba;
pero él halló, y yo no hallaba
la feliz transformación.

Cesó, al fin, mi crudo mal,
y rotos los torpes lazos
de la materia glacial,
cayó de su pedestal
la estatua, y cayó en mis brazos.

Me amaste; el rico tesoro
que en tus encantos se emplea,
fue mío, y al cielo imploro
que siempre al decir: «Te adoro»,
palpites cual Galatea.

Es el amor que me acosa,
de Pigmaleón el cincel
que hizo la estatua famosa;
tú aún eres más que ella hermosa,
yo aún soy más amante que él.

Y una victoria completa
alcanzas, pues á tu vista
queda el alma absorta, inquieta,
si un corazón de poeta
te ve con ojos de artista.

Porque es fuerza, al contemplarte,
ver que eres, por tu poder,
en el amor y en el arte,
estatua, para admirarte,
y para amarte, mujer.

Y como siento por tí
celos, que nunca sentí,
sé, por diferentes modos,
una estatua para todos,
y una mujer para mí.

Haz que llegue á fecundar
el loco y amante exceso

del que hizo á un mármol temblar,
y nacer, vivir, amar...
por el conjuro de un beso.

Que yo, como el escultor,
venciendo á artistas y á sabios,
logré, de un beso al calor,
que nacieras al amor
en la cuna de mis labios.

† Luis ALFONSO.



Sonetos.

I.

Tú, que posees la execrable ciencia
  de leer en los rostros; tú, que sabes
por el más leve indicio los más graves
secretos arrancar á una conciencia;
  que fiando tan sólo en tu experiencia,
de todos los misterios das las claves,
vil augur, en el vuelo de las aves
fundando acaso tu feroz sentencia,
  calla, ahoga la voz en tu garganta;
no viertas el dolor hasta las heces
en alma que crees ruin y es quizá santa;
  ni juzgues por tamañas pequeñeces,
sino advirtiendo, al fin, que ciencia tanta
engendra la calumnia muchas veces.

II.

Apuraste el placer en copa de oro,
te sonrió la vida en la alborada
y sin que nada te importase nada,
al mundanal concierto hiciste coro.
La voz eterna del humano lloro,
jamás á ti llegó triste y cansada;
sólo el són de la alegre carcajada
tu oido regaló, vivo y sonoro.
Ya te mató el placer; oye, menguado:
dí, después de esta vida, ¿qué se adquiere?
¿se premia la virtud? ¿muere el pecado?
¡Ah! si tras de la vida nada hubiera,
¡feliz quien muere por haber gozado!
¡triste el que queda sin gozar y muere!

RAMÓN ANDRÉS CABRELLES.

Valencia, 1895.



A un cómico malo.

Aunque triste carpintero,
no sabes pisar las tablas,
y eres tan vulgar en todo
que hasta García te llamas.
Tu repertorio es *bastísimo*,
igual que tu indumentaria.
¿Tienes que hacer un notario?
Pues ya se sabe, las gafas.
¿Hay un papel de banquero?
Lentes y patillas canas.
¿Representas un poeta?
Pues las melenas muy largas.
¿Es el tipo de un cesante?
Muy raída y abrochada
la levita, sin camisa,
y al cuello vieja bufanda.

Eso en las comedias haces.
¡Pero, Dios mío, en los dramas!
Te vi un Don Pedro el Cruel
representar en Pedralva,
con una cara feroz
y unos pelos y unas barbas,
que aquel rey barbilampiño
renegaba de su casta.
Y estuviste tan crüel
que hasta el alcalde lloraba.
¿Pues, y en el Guzmán el Bueno?
Nunca olvidaré aquel drama.
Creaste un tipo en Guzmán,
y era de tan buena pasta,
que en la escena del torreón
en vez de arrojar el arma,
les entregaste á los moros
la guarnición y la plaza.
Tan sólo estás admirable
y mereces muchas palmas,
cuando al final de una obra
dices aquellas palabras
de «Aquí terminó el sainete,
dispensad sus muchas faltas».

RAFAEL AZOPARDO.

Valencia, 1895.

La despedida.

Ya me abandonas, juventud florida;
ya me niegas huraña el dulce beso,
manantial de la vida,
y corres escondida
á ser hoy de los otros embeleso.

—

No huyas; detén tu rápida carrera,
inúndense de luz tus negros ojos,
y por la vez postrera
bríndame placentera
el rico néctar de tus labios rojos.

—

¡Oh hermosa juventud, nido de engaños,
más dulces que la miel de la colmena!
¡Cuál se pasan los años

sin congojas ni daños
cuando arrullan tus cantos de Sirena!

—

¡Cuál siente el alma joven del poeta
al calor de tus besos amorosos!
¡Cómo su mente inquieta
de inspiración secreta,
mundos fabrica al corazón gustosos!

—

Cuando yo tus bellezas festejaba
y tu labio de amor me sonreía,
altanero miraba
al sol que me alumbraba,
y audaz desdén de su fulgor hacía.

—

No hay cosa que contigo no se afronte:
el hondo abismo, el bramador torrente,
el empinado monte
muro del horizonte,
el ancho cráter del volcán hirviente...

—

Todo fue para mí pequeño y vano;
pigmeos que mi brazo ha combatido,
como al bajel ufano
cambate el Oceano
cuando agita su crin enfurecido.

—

¡Dichosa edad aquella en que vivía
mecido con dulzura en tu regazo,
y el mundo sonreía
con plácida alegría
al ver de nuestro amor el fuerte abrazo!

—

¡Dichosa edad aquella en que tu aliento
inflamaba la sangre de mis venas,
y altivo el pensamiento
corría más que el viento
en busca de Herodotos y Avicenas!

—

¡Dichosa edad aquella en que me amabas
con fogosa pasión y delirante,
y ardiente me besabas,
y loca me estrechabas
contra el seno febril y palpitante!

—

¿Por qué al amigo en cuyo pecho alienta
aquel ardor de sus primeros años
le miras con afrenta?
¡Porque cumplió los treinta!
¡Funesta edad de amargos desengaños!

—

¡Adiós, adiós, eterno edén florido!
Olvida pues al que te quiere tanto,
y en tu labio ha bebido

el néctar bendecido
del amor, de la ciencia y del encanto.

—

Junto al Júcar, de rápida corriente,
bajo choza de paja ennegrecida
que mire hacia el Oriente,
pasaré dulcemente
los años que me restan de la vida.

—

Que aunque mi gusto en tu altivez no alabes
quiero, en cambio de faustos y esplendores,
regocijos süaves,
arpegios de las aves
y hermosos prados de variadas flores.

—

¡Adiós! y si algún día en tu jornada
llegaras á sufrir agudo duelo,
acude á mi morada,
cuya paz regalada
te será fuente eterna de consuelo.

FRANCISCO BADENES DALMAU.

Valencia, 1895.



Dos cartas.

I.

Señora:

Estoy decidido,
si no accede á lo que pido,
á dar una campanada;
aunque ya tengo entendido
que á usted no le asusta nada.
La carta que me escribió
á consecuencia de aquella
escena que le ocurrió,
está en mi poder, y yo
pudiera valerme de ella.
Su texto publicaré,
y «á quien San Juan se la dé,
San Pedro se la bendiga.»

Piénselo, querida amiga;
y estoy á los pies de usted.

II.

Caballero:
Yo presiento
que el decantado talento
que la fama le pregona,
tiene algún resentimiento
con usted y *no funciona.*
Pues si lo que yo escribí
lo da usted á conocer,
me van á juzgar á mí
como á una pobre mujer
que se fió de un *gili.*
Pero, en fin, puede, á pesar
de que el recurso es bien pobre,
esa carta publicar;
yo no me he de avergonzar
de nada... ¡mas que del sobre!

POR LA COPIA,

MARIANO BARRANCO.

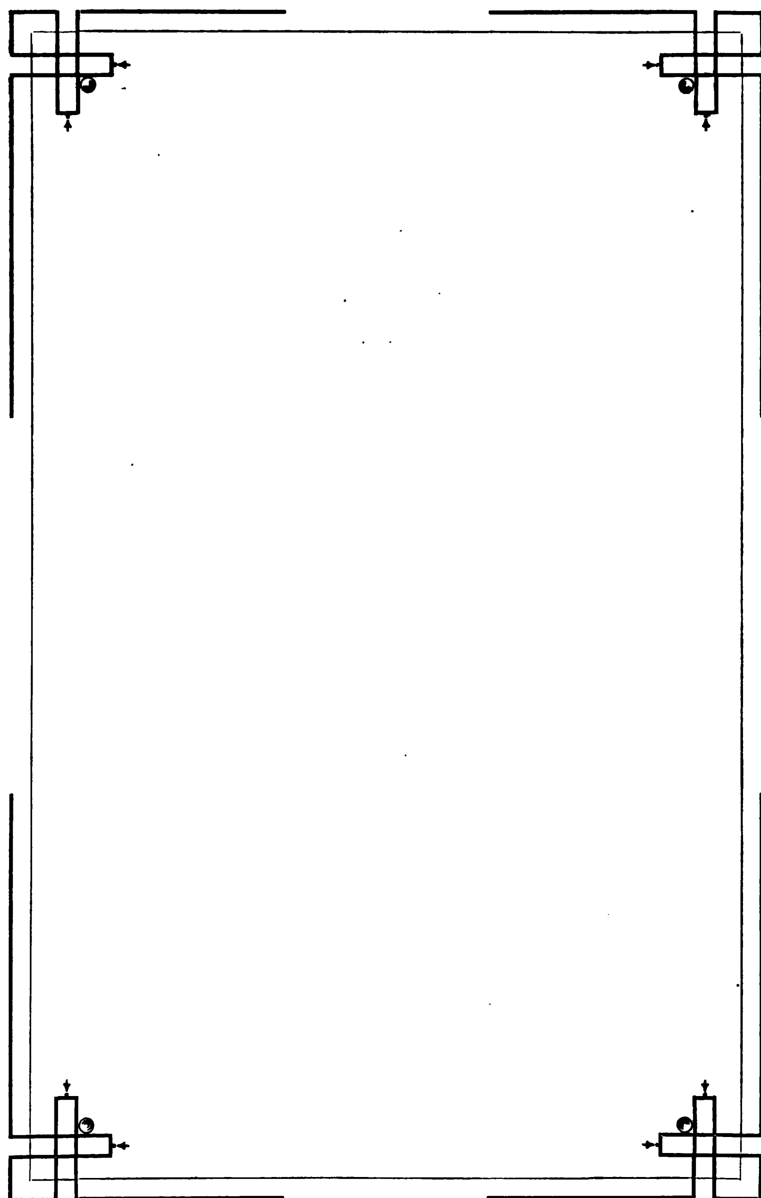
Valencia, 1895.

En la cripta.

¿Qué es la tumba? Sombrío dormitorio
en donde el alma sus vestidos deja,
después que en la comedia de la vida
su papel de gusano representa.
La tierra, es el teatro; el héroe, el vicio;
el asunto, el dolor; la acción, grotesca.
Dice la muerte al hombre:—«Has concluído.»
Tras la farsa de aquí, la vida empieza.
Y el alma, de la carne desprendida,
huye espantada de la impura escena,
arrojando en el polvo de la fosa
el grosero disfraz y la careta.

V. BELLMONT.

Valencia, 1895.



Mi patria.

Valencia, ciudad emporio
de la Edeta encantadora,
flor de las flores señora,
de hermosura sin rival;
delicioso panorama
donde el pintor se extasía,
y la dulce poesía
halla fecundo raudal.

—

Reina de las gayas flores,
goza eterna primavera
junto al mar, en donde impera,
bajo un cielo siempre azul;
tiene alfombra de esmeraldas,

cabe su frente topacios,
y guarda en ricos palacios
niñas cual tiene Stambul.

—

Orna la franja preciosa
de su manto de escarlata
la nívea y flotante plata
del manso Guadalaviar;
y formando mil contornos
de caprichosa figura,
se confunde en la llanura
con las perlas de la mar.

—

De los jardines de Iberia,
con su brisa perfumada,
es la joya más llorada
de los bravos de Zaén;
es la cautiva hechicera
que en sus cármenes de flores
guarda todavía amores
de los hijos del harén.

—

Cien gallardos minaretes
de vistosa pedrería,
forman la bella ataujía
de su corona real;
y el soberbio Miguelete,

como céntrico diamante,
ostenta la cruz brillante
de este adorno sin igual.

—

Su fantástica arboleda
entre celajes de grana;
su linda faz de sultana,
su aspecto fascinador;
la música de sus fuentes,
el candor de sus hermosas
y el perfume de las rosas,
todo convida al amor.

—

Cuna de insignes prelados,
reyes, sabios y pintores,
guerreros y trovadores,
es mi patria á la verdad:
de mártires que regaron
con su sangre el patrio suelo,
y hoy habitan en el cielo
de la eterna santidad.

—

Del comercio y de las artes
es florón de ricas galas,
y afanosa, con sus alas,
las esparce por doquier;
y la antorcha del progreso

ilumina ya su frente
en el imperio naciente
de cultura y de saber.

—

Y es, en fin, vergel dichoso
do nacen niñas tan bellas,
que el sol reparte con ellas
su mirada y su calor;
y su tierra bendecida
tal privilegio atesora,
que da al mundo cada aurora
un poeta y una flor.

José BODRÍA.

Valencia, 1895.



El suspiro.

Tú, más pura que esa brisa
deslizada entre las flores,
más bella que los fulgores
de la aurora boreal;
tú, más dulce que el recuerdo
de mi pasada alegría;
no exhales, nó, vida mía,
un suspiro por mi mal.
Mas si en sueños apacibles,
á la luz de blanda aurora,
te presentas seductora
mecida por el amor;
derramar puedes entonces
tu suspiro enamorado,

que á tu planta prosternado
beberé con tierno ardor.
Yo he escuchado de la brisa
sobre flores el gemido;
yo he escuchado algún quejido
solitario por demás;
yo he escuchado la armonía
del bosque en la noche bella;
pero más dulce que ella
tu suspiro exhalarás.
Tu suspiro que conserva
la calma de un puro cielo,
las dulzuras de este suelo,
la esperanza y el amor.
Yo por él, amada mia,
mi humilde lira trocara,
y en ese aliento gozara
la vida de tu cantor.

† VICENTE BOIX.



La verbena de San Juan.

AL AMIGO QUERIDO CASTELLÓ Y TÁRREGA.

MADRE, madre; honda pena
va consumiendo mi afán
y el corazón envenena:
¡qué triste fue la verbena
de la noche de San Juan!

—

¡Qué triste fue, madre mía;
quién había de pensar
que tan ingrato sería,
y que, al fin, olvidaría
lo que pasó en el pinar!

—

Ya de mis ojos el llanto
no corre, madre adorada,
por la mejilla arrugada;

ahora, el llanto, con espanto,
me tiene el alma abrasada.

—

De mi continuo sufrir
ya te advirtieron mis ojos:
¿qué más te puedo decir
si voy á causarte enojos
que no podrás resistir?

—

Le creí; eran tan bellas
sus palabras, madre mía,
que fuí vencida por ellas:
pregúntalo á las estrellas
que en el firmamento había.

—

Ellas te podrán contar
lo que pasó en el pinar;
ellas te podrán decir
la causa de mi sufrir,
la razón de mi pesar.

—

Con mil protestas de amor
juró amarme eternamente:
me besó luego en la frente,
y ya no tuve valor
de rechazarle inclemente.

—

Juré amarle fascinada
y amarme juró rendido,
bebí amor en su mirada
y echar no puedo al olvido
su bella imagen amada.

—

El traidor, al otro dia,
de mí olvidado se habia
y ya nunca más le ví.
¡Madre, madre; madre mía,
por qué se ha burlado así?

—

¿Por qué, aleve y fementido,
á su cariño es infiel
y su pasión da al olvido?
¿si yo amor no le he pedido,
por qué me engañó cruel?

—

Si, enamorado de mí
vino mi amor á buscar
y el alma entera le dí,
para abandonarme así,
¿qué razón pudo alegar?

—

¿Qué motivo, madre mía,
puede el ingrato tener
para tanta felonía?

¿Quién le obligó á pretender
cariño que no sentía?

—

Callas y tienes razón,
que al enmudecer tus labios
me dicen la compasión
que te causan los agravios
que llora mi corazón.

—

No me puedes consolar,
ni me puedes alegrar,
y no sabes qué decir;
pero yo sabré sufrir,
sabré sufrir y esperar.

—

Le esperaré, madre mía:
él se llevó mi alegría
y en él mi dicha cifré.
Si él volviera, viviría;
si él no vuelve, moriré.

—

No te amargue mi dolor
ni mi tristeza te abrume,
te lo pido por favor;
soy la flor que se consume
al primer beso de amor.

—

No te exalte mi honda pena,
ni te preocupe el afán
que el corazón envenena
y olvida al fin la verbena
de la noche de San Juan.

PEDRO BONET ALCANTARILLA.

Valencia, 1895.



A la carabela "Santa María".

SONETO.

CRUZA el mar con tranquilo movimiento
altivo y colosal buque de guerra,
que en lluvia de metralla á un pueblo aterra
si audaz se opone á su gigante aliento.
En lucha con el mar, que turbulento
su marcha impide y con furor le cierra,
camina en busca de ignorada tierra
nave ligera que acaricia el viento.
¡Maldito buque de infernal blindaje!
¡Bendita nave que arrulló el Oceano
himnos de amor cantando á su viaje!
¡Qué contraste tan grande y tan profundo;
el buque sepultando un pueblo hermano,
la nave, en cambio, descubriendo un mundo!

EDMUNDO DE C. BONET.

Valencia, 1895.

A la excelsa Patrona de Valencia.

Te traigo, Virgen, de mil colores
puras, fragantes y tiernas flores,
gala y adorno de esta región.
Mira, Señora, mira qué bellas...
pero no existe, contigo y ellas
comparación.

—

Tal abundancia de flor lozana
es una ofrenda muy valenciana,
que deposito, Madre, á tus pies.
Es el encanto de los vergeles
de tres provincias, que te son fieles,
lo que aquí ves.

—

Traigo de Alcira la rosa fina,
de Alcoy y Denia la balsamina,
rojos claveles de Algemesí;
lirios Albaida te manda á cientos,

y de Valencia los pensamientos
son para tí.

—

Los tulipanes son de Torrente,
azahar y mirto de Carcagente,
y de Sagunto verde laurel.
Los eliotropos son de Requena,
y francesillas y hierbabuena
te ofrece Utiel.

—

Es de Moncada la dalia bella;
flor de romero te da Morella,
Liria y Segorbe fresco jazmín.
Flor de granado Játiva envía,
y de azucenas te da Gandía
todo un jardín.

—

Estas magnolias son de Alicante;
las violetas de olor fragante
son de Sueca y Villarreal.
Las pasionarias de Cheste y Chiva;
bellos jacintos traigo de Oliva
y Benasal.

—

Las amapolas son de Benisa;
de Nules traigo yerba-luisa,
y de Onteniente la flor de lis.

De Calpe y Pego, la mejorana;
y los narcisos son de la Plana,
¡bello país!

—

La madreselva, que ves, Señora,
te la remiten desde Almazora;
y estas camelias de Castellón.
Y en fin, te ofrecen, todos los climas,
la flor preciosa que más estimas;
el corazón.

. . . .

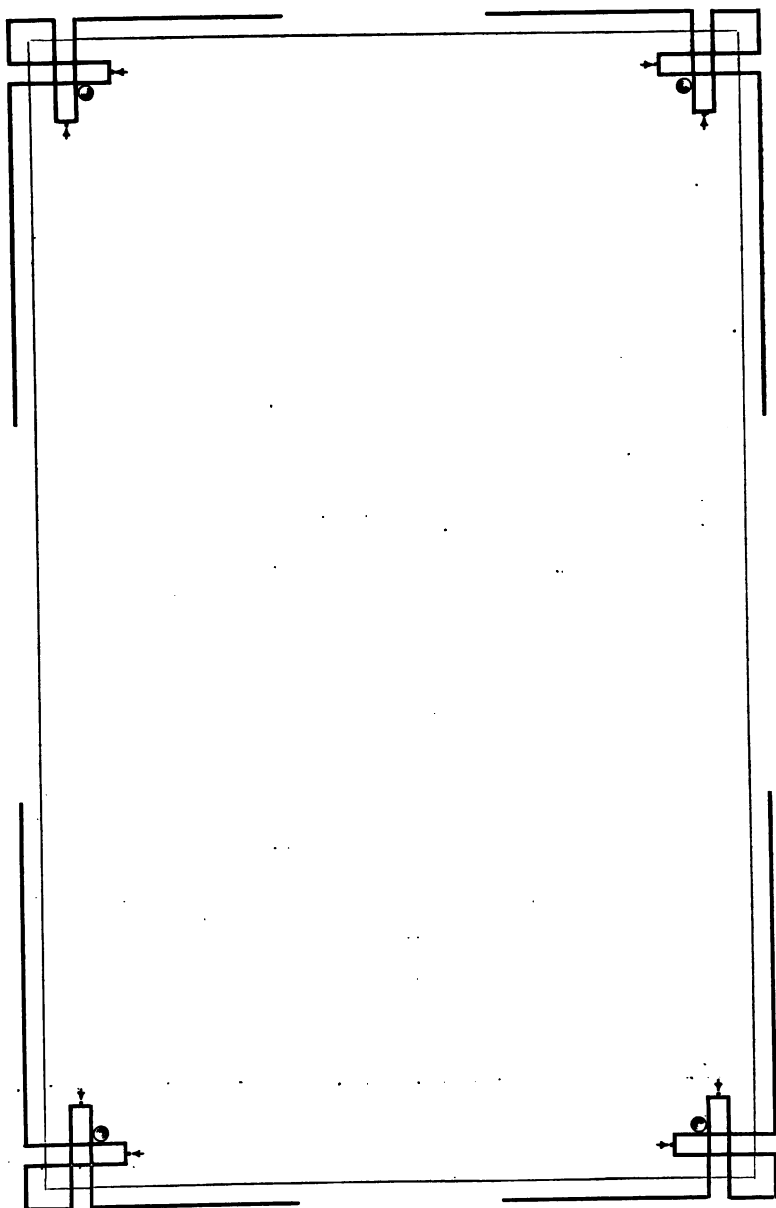
Las tres provincias, que son hermanas,
que en tu presencia rezan, ufanas,
tiernas plegarias en lemosín,
á tus favores reconocidas,
á más de flores, te dan rendidas
gracias sin fin.

—

Al pueblo mío que así blasona
de que eres, Virgen, tú su Patrona,
no lo abandones nunca, jamás.
Y en vida y muerte, Madre adorada,
el dulce encanto de tu mirada
pido no más.

P. Salvador CALVO,
Escolapio.

Valencia, 1895.



Ideal.

Quisiera en un signo
trazar un poëma;
que sólo una chispa
un sol encendiera;
fundir en un beso
pasiones inmensas.
Me abruma un discurso,
lo inútil me apena,
me hastía el detalle,
me asusta la gresca.
De todas las cosas
adoro la esencia,
lo útil, lo breve,
el fondo, la idea;
vivir muy de prisa,

pensar con presteza;
que nunca el cerebro
malgaste una célula;
que nunca un latido
del alma se pierda.
No busco palabras:
montones de ideas;
mejor que las flores,
prefiero su esencia;
la ley de la síntesis
que obligue doquiera;
que á fórmulas breves
se ciña la ciencia...
Que en labios que juran
el alma se vea;
que valga un «te adoro»
por siglos de pruebas.
Yo quiero en un punto
gozar dicha inmensa;
que en un sufrimiento
se agoten las penas...
¡Pues corta es la vida,
hagámosla eterna
trocando el segundo
en una existencia!

V. CALVO ACACIO.

Valencia, 1895.

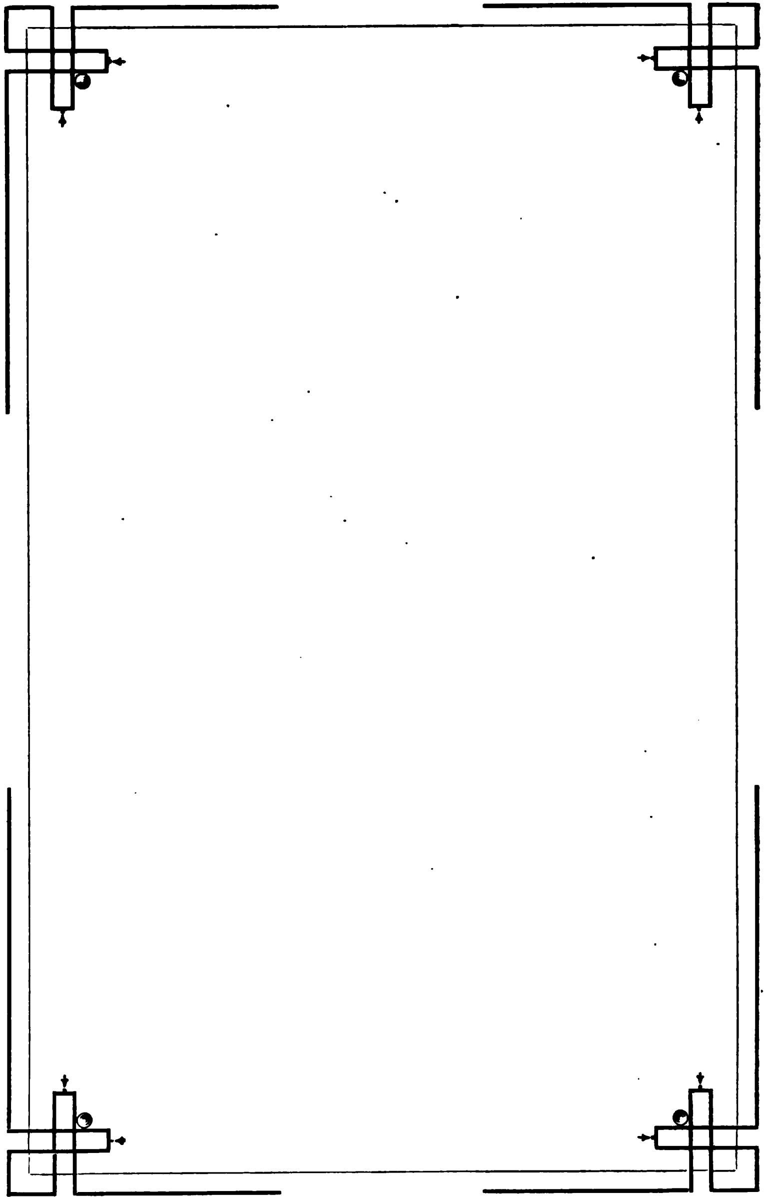
A N.ª S.ª de los Desamparados

PATRONA DE VALENCIA.

Y hay quien blasfeme contra tí en el suelo?
¿Quién no se rinde á la Bondad suprema?
¡Puede más que tu amor el teorema
del filósofo audaz, de alma de hielo!
  No ven que inclinas con piadoso anhelo
la frente ornada de inmortal diadema,
por ver al hombre que naufraga y rema
en estos mares de amargura y duelo.
  Mientras ¡oh Virgen! el sublime manto
benigna extiendes de eternal clemencia
y al triste enjugas el copioso llanto.
  Toma flores sin fin; la falsa ciencia
no hollará aquí jamás tu nombre santo:
todos somos tus hijos en Valencia.

L. CEBRIÁN MEZQUITA.

Valencia, 1895



Cantares.

ATADOS en dos cadenas
están nuestros corazones,
¿á dónde irán á parar
si las cadenas se rompen?

—

Tienen tus ojos el fuego
de un volcán en erupción,
por eso cuando me miras
me quemas el corazón.

—

No vayas, niña, á mi huerto,
que se marchitan las rosas
por la envidia que ellas sienten
al verte á tí tan hermosa.

—

Si en una balanza pones
el amor que nos tenemos,
verás como el tuyo sube,
y pesa un poquito menos.

OLEGARIO CIFRE.

Madrid, 1895.



A la luna.

DIÁLOGO.

DETENTE, luna, detente:
quiero admirar el cristal
de tu disco transparente,
y ver la luz esplendente
que ilumina tu fanal!
Tú brillas del sol en pos
como fulgente topacio:
¿Cuál es tu mundo?—El espacio.
—¿Quién te hizo tan bella?—Dios.
Reina de un vasto hemisferio,
son las estrellas mi coche.
—¿Cuál es tu patria?—La noche.
—¿Cuál es tu historia?—El misterio.

Yo busco la soledad
que al pecho torna la calma,
y mi luz bendice el alma
que gime en la obscuridad.
—¿Y es tu destino?...—Saber
mil ignoradas historias;
amores, desgracias, glorias,
amarguras y placer;
pues todos en mi luz fian
en noches puras, serenas,
y no me ocultan sus penas
los que al sol no las confian.
El malvado que en acecho
espera termine el dia,
me descubre sin falsia
el secreto de su pecho.
—¿Tú conoces su malicia
y el crimen no evitas?—Nó,
pero muchas veces yo
le delato á la justicia;
porque al clavar el puñal
en su victima inocente
brilla mi disco esplendente
y denuncia al criminal.
Yo conozco al perdulario,
al jugador, al ladrón,
al bueno, al hipocritón,

al honrado y al falsario.
Del sabio meditabundo
entro en la severa estancia,
y sorprendo la ignorancia
de los hombres del gran mundo.
Yo acompaño al misionero
del bosque por la espesura,
y mi faz radiante y pura
va alumbrando su sendero.
A mi luz la caridad
que se esconde como buena,
mitiga el hambre y la pena
de la pobre humanidad.
De la pasión criminal
guardo perfecta memoria,
y conozco bien la historia
del amor puro, ideal.
Yo sorprendo la querella
de la joven y el doncel;
su pesar me cuenta él,
sus cuitas me cuenta ella.
Oigo la triste plegaria
de la huérfana afligida,
y la queja dolorida
de la viuda solitaria.
A mí me canta el poeta;
su afán la niña me dice,

y en su gruta me bendice
el humilde anacoreta.
El que de su patria ausente
devora amargos pesares,
el recuerdo de sus lares
ve en mi disco refulgente.
Y aunque constante prosigo
mi curso con rapidez,
hago á las veces de *juez*,
de *fiscal* y de *testigo*.
Del justo y del pecador,
en suma, sé los secretos,
pues los fian indiscretos
á mi tibio resplandor.

. . . .

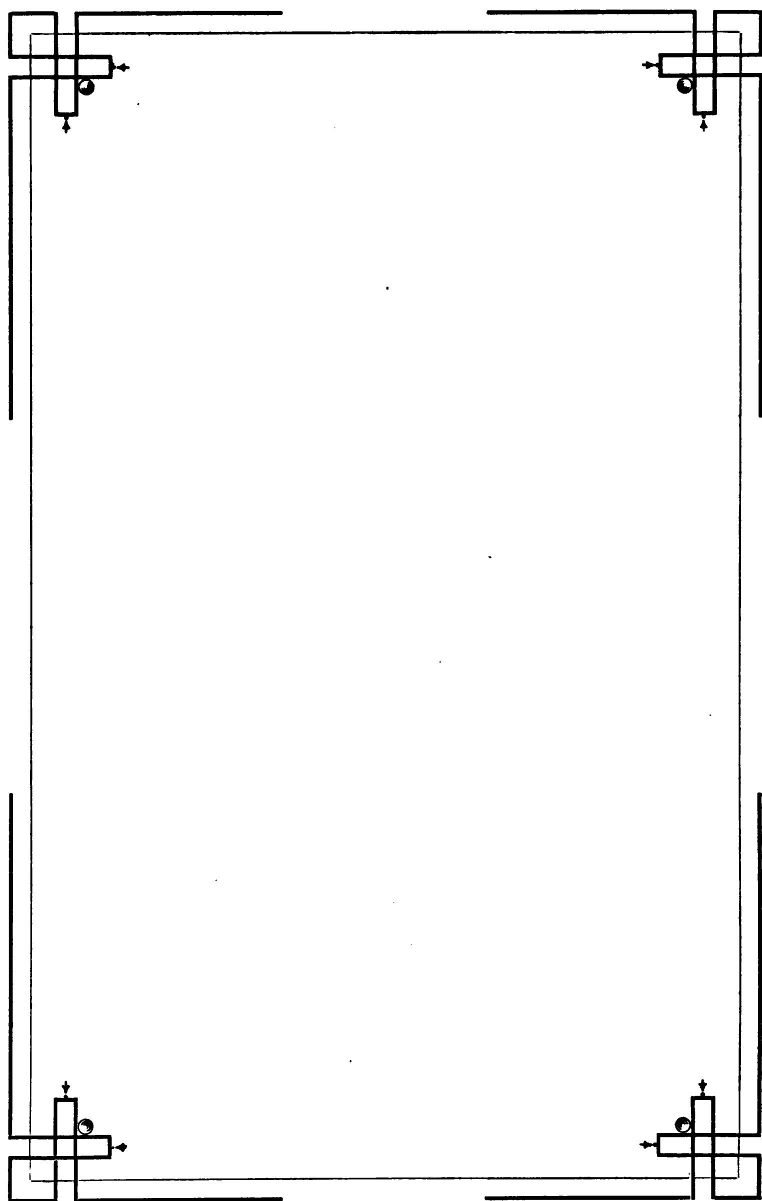
—Si tantas historias sabe
tu luz, aqui entre los dos
ábreme tu disco... —¡Dios
de él sólo tiene la llave!
—Yo también del pecho mío
el dolor contarte anhelo,
para que des un consuelo
á mi triste desvarío.
—Yo mitigaré tus penas;
gozaré en tus alegrías;
felices haré tus días
y haré tus noches serenas.

—¿Pero te alejas, ingrata?
—Es que el sol se acerca ya.
—¿Cuándo tu luz volverá
con sus fulgores de plata?
—Pronto en estrellado coche
tornaré á cruzar la esfera.
—Adiós, perpetua viajera;
¿tardarás?—Hasta la noche.
—Nó, no huyas de mi lado
cuando á tí el alma se encumbra,
que si tu faro me alumbra
me contemplo afortunado.
¡Detente, luna, detente;
quiero admirar el cristal
de tu disco transparente,
y ver la luz esplendente
que ilumina tu fanal.

José CIRUJEDA y ROS,
Deán.

Valencia, 1895.





Luz maldita.

CIEGO está el infeliz! cruel dolencia
ha extinguido la luz de su mirada
sumiendo en noche eterna su existencia:
mas le resta un consuelo: su hija amada,
que en el primer albor de la inocencia,
guía leal su planta fatigada,
salvando cuidadosa con gran tino
los escollos que obstruyen su camino.

—

Pero esta dicha ¡oh, Dios! cuán pronto muere
(si acaso en quien no ve la dicha existe).
La suya, Aurora, á quien de amor requiere
un sér infame que cual noble viste,
siente que el dios vendado su alma hiere;
y aunque una y otra vez lucha y resiste,

cede por fin al implacable ruego
y abandona la ingrata al pobre ciego.

—

¡Qué horrible soledad! Ayer sentía
el calor de una mano cariñosa
que dulce paz á su alma transmitía:
hoy la tosca presión de la nudosa
áspera cuerda del lebrel que guía
traza hondas huellas en su piel rugosa,
y cruza así del mundo los senderos,
la obscuridad y el can por compañeros.

—

De un templo en el altar limosna implora
con quejumbrosa voz el triste anciano
y una vez cada día y á una hora
deslízanle un florín de oro en la mano.
¿Quién puede ser el hada protectora?
Todo su afán por descubrirlo es vano.
Por un rayo de luz su vida diera;
mas ¡ay! sólo la sombra en él impera.

. . . .
. . . .

—

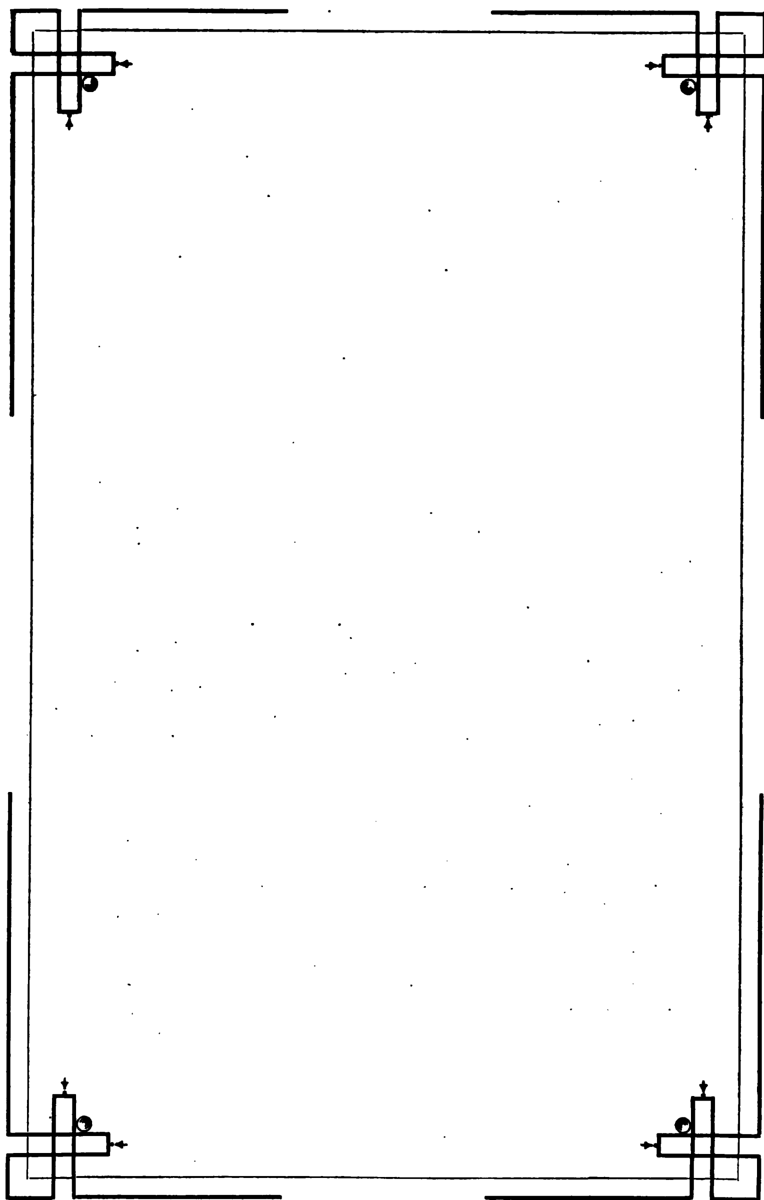
La sabia ciencia al fin al ciego acorre;
en sus ojos enciende nueva llama,
y loco de alegría al templo corre.
A la hora fija, acércase una dama

que con la usual limosna le socorre;
alza él los ojos que el deseo inflama
y grita:—¡¡Maldición!!—Su bienhechora
era una meretriz. ¡Era su Aurora!

RICARDO CIVERA ESTEVE.

Valencia, 1895.





Efluvios.

I.

Al acercar mis ojos á tus ojos,
no sé querida niña lo que siento:
he de apartarlos congojoso y triste,
porque... me quemo.
Y al dirigirlos al fulgor sublime
del regio sol, del soberano Febo,
he de volver mis ojos á tus ojos,
porque... me hielo.

II.

Un suspiro de amor, gacela mía,
eso quiero de tí!
La joven con desdén se le reía
al ver su frenesí.

Apagóse el fulgor de las estrellas;
la luna se ocultó;
y al derramar el alba tintas bellas
que á los cielos robó,
ella temblando con delirio loco,
al joven dijo así:
—«¿Un suspiro me pides? Eso es poco.
¿Qué fuera yo sin ti?»

III.

Ayer capullos en vistosos cálices;
hoy peregrinas, seductoras rosas;
y mañana... ¡mañana, rosal mío,
marchitas, secas hojas!

IV.

Al mirar un obrero el traje hermoso
que vestía una joven rubia, esbelta,
pensó sería la hija de algún Creso,
y dijo: «¡feliz ella!»
Mas al mirar la joven que el obrero
el almuerzo miraba con desdén,
tomóse el pulso, suspiró un instante,
y dijo: «¡feliz él!»

V.

Para adorar es menester sufrir;

para sufrir es menester valor;
y como á mí el valor jamás me falta,
deduzco de eso que te adoro yo.

VI.

Sentía tal pasión por este mundo
la pobre desgraciada,
que por comprarse joyas para el cuerpo,
vendió las ricas joyas de su alma.

VII.

Cuando supieron los eternos cielos
que nuestro padre Adán iba á pecar,
derramaron entonces tantas lágrimas,
que produjeron en la tierra el mar.

VIII.

No cree en Dios: atleta de la ciencia,
corona el lauro su orgullosa frente.
Vedlo: lo adora, lo idolatra el mundo.
¿Quién lo impulsa? La muerte.
Adora á Dios: en la ignorancia envuelto,
por el silencio y soledad camina.
Vedlo: lo ultraja, lo desprecia el mundo.
¿Quién lo impulsa? La vida.

IX.

El mundo se arrodilla en su presencia;
atónito ante él, se pára el sol.
¿Quién es ese gigante omnipotente?
¿Quién es? Napoleón.
Escuetas peñas en sombrío piélago,
guárdanlas el silencio y el pavor.
¿Quién es ese que en ellas yace rigido?
¿Quién es? Napoleón.

X.

Cerca de ti levántase en el alma
del bien la llama pura;
cerca de tí, tras placentera calma,
me muero de ventura.
Lejos de tí, quebranto solamente
y espanto en derredor;
Lejos de tí, tras anhelar ardiente,
me muero de dolor.

XI.

Si tu cara, que es basta,
resulta bella,
por los negros cabellos
de tu cabeza,
tu alma, que es hermosa,
resulta fea,

por los negros cabellos
de tu conciencia.

XII.

Cuando perora le escucha el cielo:
en elocuencia es inaudito.
¿Quién fue su guia? ¿Quién su modelo?
¿Quién?... Un lorito.

XIII.

Tiene un montón de estiércol en su campo
y al abonarlo, placentero canta.
Ese montón de estiércol... ¡cuánta dicha
difunde por su alma!
Tiene un renombre invicto entre los sabios,
y un monumento de soberbia se alza.
Ese renombre invicto... ¡cuánto estiércol
difunde por su alma!

XIV.

Vedlo en lecho de piedras.—¡Y dormido!
—No experimentes extrañeza alguna:
su conciencia descansa, buen amigo,
en un lecho de plumas.
Vedlo en lecho de plumas.—¡Y despierto!
—No te cause el fenómeno extrañeza:
su conciencia descansa, buen amigo,
en un lecho de piedras.

XV.

En un jardín frondoso y peregrino,
practica el mal la disoluta Casta.
Pensando en esto, dije pesaroso:
¡Cuántos jardines hay que son cloacas!
En un tugurio sucio y asqueroso,
practica el bien la angelical Matilde.
Pensando en esto dije consolado:
¡Cuántas cloacas hay que son jardines!

ANTONIO P. CHENOVÉS.

Valencia, 1895.



En un album.

Yo quisiera tener, como las hadas
de los cuentos fantásticos,
una varita mágica, y con ella
hacer bajo tus pasos
brotar jazmines, violetas pálidas,
rosas y lirios cárdenos!
Yo quisiera verter, ante tus ojos
dulces y apasionados,
como los mercaderes de la India
en un bazar asiático,
todos mis pensamientos, y que de ellos
cogieses á tu agrado
el diamante, la perla de Golconda,
el rubí, ó el topacio!
Quisiera desplegar sobre tu frente

un pabellón diáfano,
de espléndidos luceros y de estrellas
brillantes tachonado;
que se hundieran tus plantas en una alfombra
de claveles y nardos,
y que revuelta en misteriosa nube
de perfumes arábigos,
subieses en el rayo de la luna
que flota en el espacio!

. . . .

Mas tú, no cambiarías por los dones
de las hadas del lago
el talismán que brilla con tus ojos
y sonríe en tus labios,
el rico talismán de tu hermosura.
Vive, pues, sin cuidado.
Tú sabes que le tienes, y las flores
puedes ir deshojando
más feliz, más segura que la dulce
Margarita del Fausto;
pues que todas las almas que deshojes
por leer el oráculo,
repetirán muriendo de alegría
como aquélla «Te amo.»

Antonino CHOCOMELI.

Játiva, 1895.

El paso de Anibal.

¡Cartago!

Desde la inespugnable fortaleza
de Sétabis, atónitos é inquietos,
los pastores celtíberos contemplan
una nube de polvo que á lo lejos
vese avanzar, de la que en haces brotan
gritos confusos, rápidos destellos.
Brilla el dios de la luz: con golpe rudo
la cortina de polvo barre el viento
y descubren las ávidas miradas
de Cartago el ejército guerrero.
Las púnicas enseñas se divisan
sobre altas picas de dorados hierros,
cabezas de corceles bronceadas,

argentada la crin, de oro los frenos.
Tropel de mercenarios las precede;
allí van los egipcios, de ancho pecho,
de fornidas espaldas y rojizo
color, como los muros de sus templos.
Los belicosos galos, replegado
en lo alto del cráneo el cabello,
sus lanzas afiladas y su escudo
de piel de lobo de erizado pelo.
Los cántabros, cubiertos con los sayos
de lana, por los cíngulos sujetos
al rededor del talle; los ardientes
lusitanos que en trajes muy ligeros
adornados con fimbria purpurina,
avanzan orgullosos y risueños.
Los negros, de rizada cabellera,
que para herir, apoyan al pie izquierdo
su arco colosal; siguen los lidios
con ropajes de lino, anchos y luengos,
adornando su cuello y sus orejas
con aretes de oro; en pos, los griegos
vienen, las picas largas, cinceladas,
blancos como los mármoles, esbeltos,
de cadencioso andar, de rostro imberbe,
voz armoniosa y como nadie bellos.
Los hijos de la Libia, de bravío
mirar, curtida tez y torvo ceño,

ostentando collares de bruñidas
lunas de plata en el velludo pecho.
Flanqueando las bàrbaras falanjes
los baleares van, de ojo certero,
y sus balas de arcilla en sacos cortos
pendientes llevan al costado izquierdo,
una honda en la mano, otra en la frente
ceñida, y la tercera atada al cuerpo.
En briosos corceles los asirios
cabalgan, su armadura bronce y hierro,
de bermejo color luce pintada,
y ágiles blanden los lanzones recios;
para mayor defensa en los combates
á la crin del corcel se agarra un negro
con veste blanca rameada en oro,
y acha á dos filos con el asta de ébano.
Los númidas, cual aves azoradas,
galopan con su rojo manto al viento
que á las sienes prendido vá con lazo
de ancho cordón de retorcido cuero.
La legión de los Guardias se aproxima;
de Cartago los hijos más excelsos
la forman, que de Anibal son escudo,
siendo de Roma envidia por sus hechos.
Armadura formada con escamas
de precioso metal guarda su cuerpo;
de bronce el casco y el coturno atado

con largas cintas de color de fuego.
Sus caballos sin crin, con las orejas
cortadas á raíz, rasos de pelo,
y en la altiva cerviz á usanza púnica
llevan de plata retorcido cuerno.
Aníbal pasa. Las pupilas ciegan
al quererle mirar; entre destellos
de rica pedrería que le cubre,
su semblante aparece, altivo y fiero.
Cadenillas de oro por rendaje
de salvaje trotón rigen el freno,
y sobre el muslo, de marfil y nácar
oval escudo apoya, dando al viento
las cintas que del casco brillantísimo
caen sobre su espalda en haz revuelto.
Escoltan al intrépido caudillo
gigantes moles de madera y hierro;
bastidas, fonda-fustes, manteletes
que cubren y protejen al guerrero;
catapultas que arrojan violentas
manojos de aguzados cuadriellos,
almagañas, fundíbalos y brigolas
que con sus cimbreantes movimientos,
lanzan balas de piedra que la muerte
cosechan en los surcos del ejército;
ballestas y escorpiones, cuyas flechas
emponzoñados llevan los extremos;

arietes formidables, que los muros
destrozan y la brecha van abriendo,
de su cabeza guarnecida en bronce
al rudo empuje y golpear certero.
Como rojas serpientes que se agitan
de alto cañaveral por los senderos,
sus trompas barnizadas con el minio,
vienen los elefantes sacudiendo,
soportando en la espalda esbeltas torres
donde se oculta el hábil ballestero.

Llegó la noche; pavorosa sombra
cubrió la tierra y estalló en los cielos
la tempestad; las pálidas centellas
el espacio azoradas recorrieron
y con largo lamento, entre los pinos
rompió sus alas con furor el viento!

De Cartago el ejército dormía
entre el fragor de rayos y de truenos,
como el tigre que sueña en los leones
al oir el simoun en el desierto.
El día amaneció; sus rojas lumbres
las altas cimas de la sierra hirieron,
cual inmensas hogueras alumbrando
el hondo valle, el escarpado cerro.
El tigre despertó, miró el espacio

rojo como la sangre, como el fuego
y «¡á Sagunto!» rugió, mientras medrosos
«¡á Sagunto!» los ecos repitieron!

Rafael CHOCOMELI.

Játiva, 1895.



Cuento viejo.

«...*Todo es según el color*
del cristal con que se mira.»
CAMPOAMOR.

POR afán de conseguir
en la recría ganancia,
de la feria de Sevilla
trajo Juanillo una jaca,
de tres años no cumplidos
y un dedo sobre la marca.
Era su capa tordilla,
cabeza chica y cuadrada,
cuello robusto y flexible
y cola sedosa y larga.
En conjunto, una belleza
por su sangre y por su estampa,

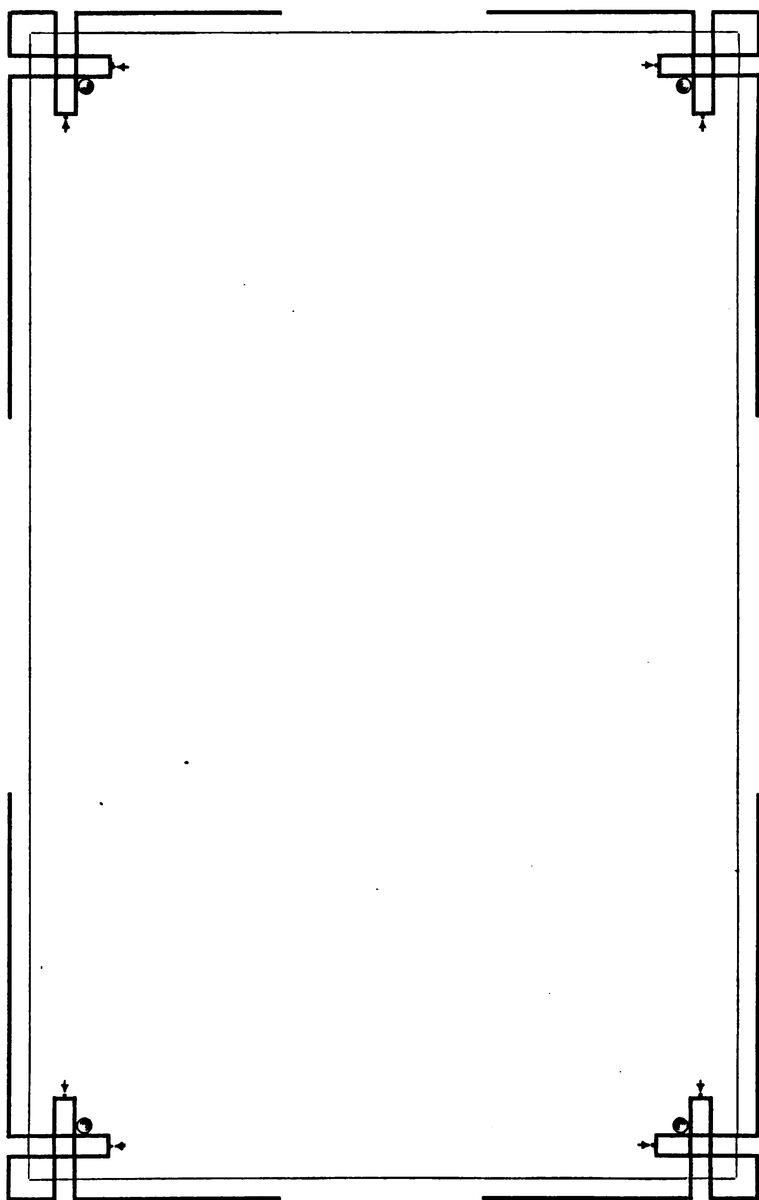
y aunque Juan se desvivió
con el afán de engordarla,
comía con tal disgusto
las algarrobas y paja,
que poco tiempo después
se puso flaca, tan flaca,
que sus treinta y seis costillas
fácilmente se contaban.
Consultóle el caso á un
veterinario de fama,
y de tan grave dolencia
adivinando las causas,
habló del siguiente modo:
—Si quieres, Juan, que tu jaca
engorde, cambia por verde
las algarrobas y paja.
Desgraciadamente, entonces
estaba la yerba cara,
y la falta de recursos
le impedía á Juan comprarla,
pero aguzando su ingenio
tuvo una idea endiablada.
Con un trozo de cristal
del *color de la esperanza,*
construyó en breves instantes
unas gigantescas gafas.
Las colocó ante los ojos

de la inapetente jaca,
que con voraz apetito
comenzó á engullir la paja,
con la completa ilusión
que comia tierna alfalfa.

José ÉPILA.

Valencia, 1895.





En una ausencia.

SONETO.

Yo llegué á do el amor su copa impura
irresistible preparó al sentido;
donde sus alas consagró el olvido;
donde á raudales el placer se apura.
Con doradas cadenas la hermosura
llevarme quiso á su carroza uncido,
y halagóme con rostro fementido
cuanto seduce á humana criatura.
Amor, gloria, ambición, con gozo insano,
ansiaron abrasar mi noble aliento
y avasallarme con rigor tirano:
hasta tu imagen, por quien vivo y siento,
arrancarme intentaron; pero en vano:
libre vuela hacia ti mi pensamiento.

† P. GARCÍA CADENA.

Tu misión.

(A la Señorita Doña S. P. G.)

Ser de bondad la norma soberana,
verter la gracia por doquier que pisas,
derramar vida y luz con tus sonrisas,
hacer la virtud dulce, no tirana;
infundir la ilusión, hasta ahora vana,
de que al amor aún quedan Eloísas;
evocar del Abril las suaves brisas
con los suspiros que tu pecho mana;
hacer que el alma se conserve pura,
porque la eternidad, con sus rigores,
se ve más cerca cuanto más te alejas;
y adivinar del cielo la hermosura,
cuando miran tus ojos soñadores
y el corazón se enreda en tus guedejas.

F. GASCÓN CUBELLS.

Valencia, 1895.

Canto del Escaldo

EN LA TRAGEDIA «ATILA».

CUAL su melena lanzada al viento,
de sus rugidos marchando al són
y de matanza su diente hambriento
la virgen selva cruza el león;
al sol retando su audaz pupila,
sangre pidiendo su espada y él,
la fértil tierra devasta Atila
ciñendo el flanco de su corcel.
Cuando los hunos en són de guerra
su aliento aspiran batallador
y al entusiasmo que el pecho encierra
se forja el rayo de su valor,
nubes parecen que cual montañas
por los espacios rodando van,
llevando antorchas en las entrañas
y por quejidos el huracán.—

La lucha empieza; las rizas crines
el bruto azota contra el arnés,
cuando al estruendo de los clarines
suelta la brida, parten sus pies,
mientras los dardos vertiginosos
del cielo rasgan el leve tul,
como esos astros que luminosos
llenan de surcos el aire azul.

Ya confundidos los escuadrones
la muerte avanza del hierro al són,
y sobre vidas hechas girones
sangriento callo planta el trotón,
y entre las llamas y entre los ecos
de los gemidos avanza Athel,
á quien el triunfo sobre los flecos
de su bandera puso el laurel.

Como del campo la sed ardiente
gota de lluvia viene á templar,
y entre sus venas se cambia en fuente,
de fuente en río, de río en mar;—
de Escitia á Italia tejiendo un lazo,
el culto á Persia llevó de Arés;
miró á Occidente, tendió su brazo
y el mundo Atila rindió á sus pies.

ENRIQUE GASPAR.

Cette, 1895.

Hechos y dichos.

Dijo Cleto á Telesforo:
—De sangre azul soy tesoro;
quien dude información abra.
Es mi padre hijo de *Toro,*
y es mi madre hija de *Cabra.*
Lo oyó al pasar un paleto,
y exclamó al ver los modales
y el mal semblante de Cleto:
—¡Dos abuelos animales!
Bien se le conoce al nieto.

—

Dice el factor de estación
Juan Mirón del Embalaje:
—Soy un otro Flammarión
cuando facturo equipaje.

Yo sin estudios profundos
juzgo verdades completas,
la pluralidad de *mundos*
y también la de *maletas,*
y tantos suelo mirar
viejos, sucios, mal cuidados,
que hasta puedo demostrar
que están muchos *habitados.*

—

Un comerciante hablador,
—Sé gramática, decía:
y al preguntarle yo un día
¿de qué género es amor?
contestóme apresurado,
por demostrar su saber:
—Hoy debe pertenecer
al género averiado.

—

Por más apurar la bota
rompióla el borracho Diego,
y al mirarla enjuta y rota
exclamó, llorando luego:
—¡Dios mío! he quedado ciego,
¡porque ya *no veo gota!*

—

Casta, llamé equivocado
á una mujer hechicera,

que, al verme en ello obstinado,
me atajó de esta manera:
—De nombrarme Casta, basta;
que Encarnación soy le advierto,
yo jamás he sido *Casta*...
y resultó que era cierto.

—

Dice con muy buena sombra
Agapito el de Miranda:
—Aquí todo el que me nombra
más parece que me manda.
Yo á ninguno necesito:
dejen, pues, esa quimera,
que aunque digan *aga-pito,*
yo haré flauta... ó lo que quiera.

—

Firmas Bruno, y así á fe
quien eres bien no confirmas:
porque en Bruno cuando firmas,
lo que es n ha de ser t.

—

Vicente, el bobalicón,
de Segunda enamorado,
no se aparta de su lado
en cuanto tiene ocasión.
Y dice Doña Facunda:
—No me fio de Vicente,

pues parece un inocente
y siempre vá con Segunda.

—

El ignorante Gaspar,
que no salió del lugar,
la echa de sabio; y Torcuata,
que de fiestas le oyó hablar,
preguntó:—¿qué es cabalgata?
Y él dijo muy serio:—Chica,
nunca seas indiscreta.
El mismo nombre lo indica:
Cabal-gata significa...
pues... eso... gata completa.

—

A casarse Blas marchó
al pueblo de su futura;
mas hizo una travesura,
el suegro le apaleó
y no le casó ya el cura.
Y ahora á todos dice Blas:
que con los fines más buenos,
ir quiso en tiempos atrás
por una *costilla* más,
y... volvió con una menos.

GENARO GENOVÉS.

Cervera del río Pisuerga, 1895.

¡Madre amada!

LEYENDA.

I.

Por el Occéano Atlántico
al regresar de la Habana,
gallardo se pavonea
sobre las límpidas aguas
un buque de grueso porte.
La alegría se retrata
en todos los tripulantes,
porque tornan á sus casas
do con afán les esperan
sus prendas más adoradas.
Sólo hay un robusto joven
junto al palo de mesana,

que tristemente suspira,
y sin comprender la causa,
salen de sus negros ojos
ardientes, copiosas lágrimas.
—«¿Por qué estoy triste y suspiro?
¿Por qué, dime, madre amada?
Es que hoy cumplo veinte años
y tus caricias me faltan.
Pero pronto nos veremos
y se calmarán mis ansias.»—
Pasa aquel hermoso día,
para todos de bonanza;
húndese el sol en ocaso,
y todo de pronto cambia.
Lo que era suave brisa
tórnase cruda borrasca;
horrísono el huracán
pretende romper las jarcias:
ruje el mar embravecido,
que hasta las nubes levanta
al buque de grueso porte,
ó rápidamente lanza
allá en las inmensas simas
de sus turbulentas aguas.
Desparece la alegría;
todos con afán trabajan
para evitar el peligro

que inminente les amaga.
Un fuerte golpe de mar
que sobre cubierta pasa,
envuelve á un pobre marino
y lejos con él arrastra.
Ninguno de los de á bordo
nota del hombre la falta;
y el hombre al ser arrastrado,
triste dice:—«¡Madre amada!»—
Es aquel robusto joven
que junto al palo lloraba.
—«¡Socorro! ¡Favor! ¡Socorro!»
con todas sus fuerzas clama.
¡Infeliz! Nadie le escucha;
nadie piensa en su desgracia.
Del buque sólo distingue
muy lejos, en lontananza,
un punto negro, juguete
de la deshecha borrasca.
Sus fuerzas se debilitan;
ya no hay voz en su garganta.
—«¡Adiós, adiós para siempre,
para siempre, madre amada!»
dice, casi sin alientos,
entre suspiros y lágrimas;
y un instante se sumerge
en las turbulentas aguas,

para aparecer después,
tronco inerte, polvo, nada.
Sigue el buque su derrota
á merced de la borrasca,
y el huracán repercute
aquel triste... «¡Madre amada!»

II.

Allá en reducida aldea
que el Mediterráneo baña,
hay una blanca casita,
donde reposa una anciana,
que el feliz regreso sueña
del hijo que tanto amara.
Una voz amiga escucha;
despierta sobresaltada,
deja el lecho y presurosa
la puerta de su cabaña
abre, y oir le parece
un grito de... «¡Madre amada!»
que el hijo que tanto adora
angustiosamente lanza.
Mira en torno: á nadie ve.
Todo está tranquilo, en calma.
Ni un rizo en el mar divisa.—
Pero de pronto, una ráfaga,
cual de huracanado viento,

la oscilante luz apaga
y repite en sus oídos
tristemente... «¡Madre amada!»
Entre aturdida y confusa
vuelve á su lecho la anciana.
¿Cómo dormir? ¡Imposible!
Angustiosa se levanta:
hora tras hora, á la puerta
de su modesta cabaña,
con afán la vuelta espera
del hijo de sus entrañas.
Llega el suspirado día,
y distingue en lontananza
el buque do vá su hijo.
La fatiga no la cansa:
llega al puerto presurosa;
ya ha entrado el buque, ya amarran;
ponen el puente, y ligera
sobre cubierta se lanza.
—«¿Dónde está mi hijo?»—pregunta.
Ninguno responde, callan.
—«¡Por Dios, que me estáis matando!»—
—«¡Valor, valor, noble anciana!»—
—¡Ya no verás á tu hijo!
¡Ya no tornará á tu casa!
Una jigantesca ola,
la noche de Santa Eulalia,

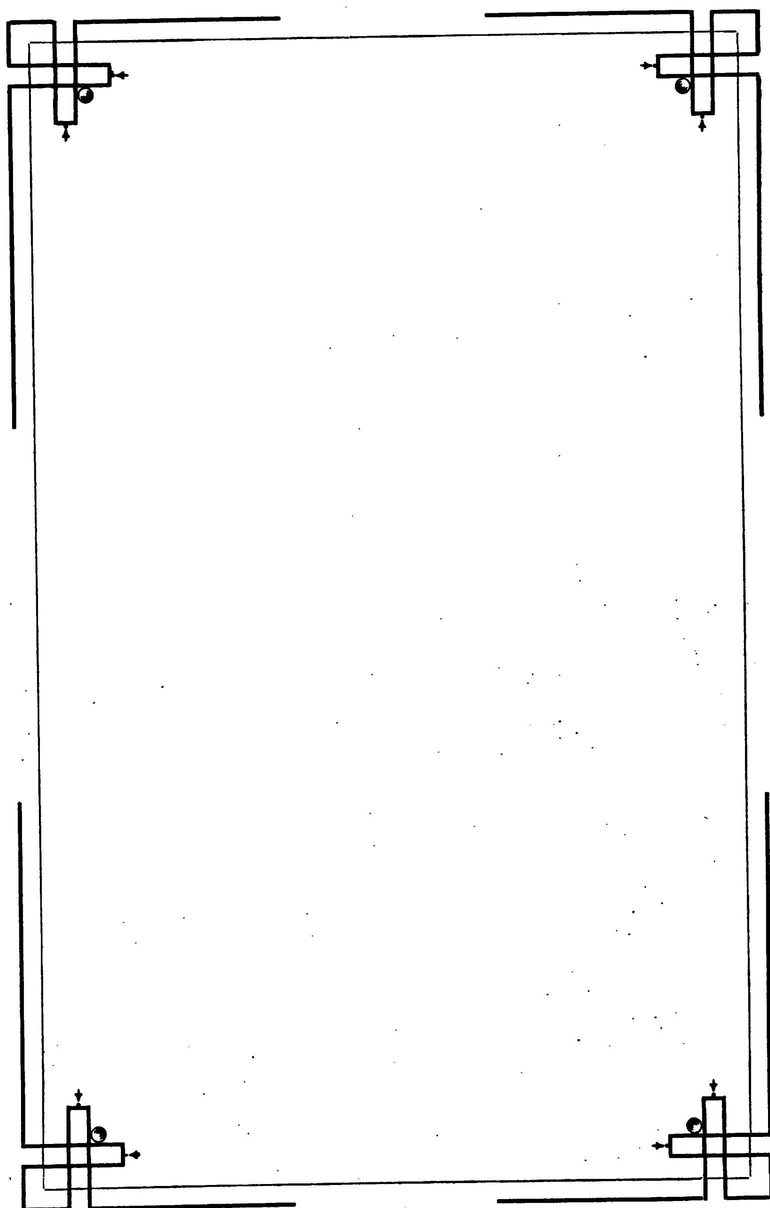
lo arrancó de esta cubierta
para sumirle en las aguas.—
—Cierto, sí; la noche misma
que su voz me despertaba,
y repetía á mi oído
el grito de... ¡Madre amada!
¡Fue aquel el postrer suspiro
que á su madre le mandaba!
¡Yo también le mando el mío
al hijo de mis entrañas!»—
Y se desplomó cadáver
junto al palo de mesana.
Los compañeros del hijo,
mudos, la rodilla hincada,
descubiertos y llorosos,
elevan triste plegaria.
—«¡Pobre madre! ¡Pobre madre!»—
entre suspiros exclaman.
¡Cómo pobre! ¡Nó, dichosa!
Dichosa y afortunada,
pues con su hijo se encuentra
de Dios en la gloria santa.
Sus cuerpos ha separado
en este mundo la Parca,
pero el Todopoderoso
junta en el cielo sus almas,
que en este supremo instante

se confunden y se enlazan,
diciéndose cariñosas...
¡Hijo mío! ¡Madre amada!

FEDERICO GUTIERREZ.

Valencia, 1895.





Invernal.

La luz escasa: de delirio amante
las almas llenas; lágrimas, agravios
y todo lo del mundo, muy distante,
y muy cerca, muy cerca nuestros labios.

—

Monótona cayendo desde el cielo,
la lluvia helada y lenta acumulaba
fango en la tierra y nieblas en el cielo;
cuando un coche la calle atravesaba
los vidrios del balcón se extremecían,
tú entornabas los párpados dichosa,
y tus miradas, que de amor lucían,
fulgores de la luna parecían
envueltos entre pétalos de rosa.

—

Y ví llanto una vez en tus pupilas;
acaso meditabas con tristeza
que no eran tus caricias intranquilas,
premio cumplido de mi amor sincero,
ó tal vez recordabas con fiereza
el día infame en que la suerte avara
para goces agenos te comprara,
nó al amor, sino al hambre y la pereza.
Yo pensaba:—Quien ama ha perdonado;
fuerte es mi diestra, y á domar me atrevo
el azar que escupiera en tu pasado;
si eterno amor en tus caricias bebo,
si dicha eterna entre tus labios libo,
¿qué importa que tu cuerpo esté manchado?
Pura te quiero y pura te recibo;
basta y sobra á mi afán con que me quieras;
que á otros amaste, ¿y qué? los corazones
son como las banderas,
que valen mucho más hechas girones.

—

Brotará tu pudor de tu mancilla;
tras la culpa, el perdón; la noche encierra
la clara aurora que en Oriente brilla;
¿por qué á la tierra odiar, si somos tierra?
Siguiendo los impulsos de su anhelo
desde el astro al cenit van el aroma,
la nube, la canción y la paloma;

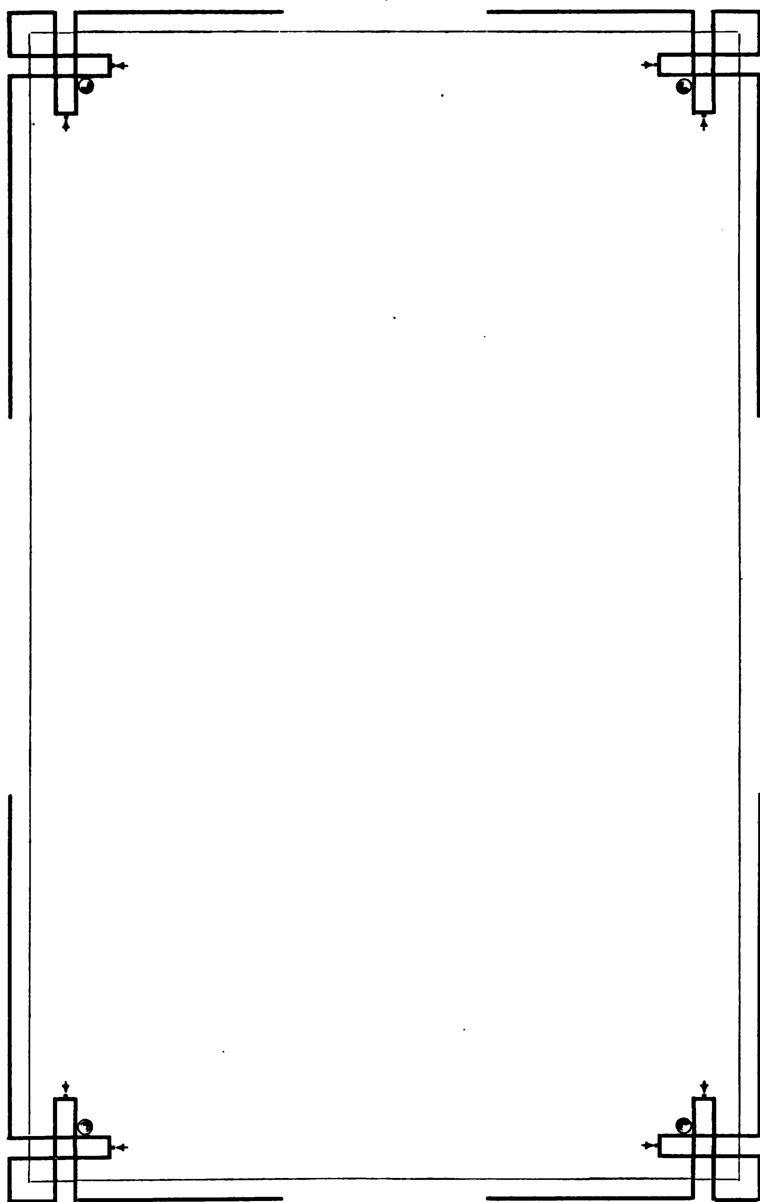
las castas rosas y la espiga rubia,
roban su sabia al légamo del suelo,
y el iris claro que en el cielo asoma,
entre los charcos que formó la lluvia
hunde sus pies para escalar el cielo.—

—

Callabas; con mis labios enjugaba
el llanto en tus pupilas celestiales;
no se oía un rumor; no resbalaba
un solo resplandor por tus cristales;
junto á mi pecho, en amoroso alarde
palpitaba tu pecho extremecido,
y miraba en silencio en tu hermosura
la mancha del pasado, con la pena
con que los ojos al morir la tarde
ven el carbón de la inscripción obscena,
que en sus lúbricos ocios estampara
la mano del impúber corrompido
sobre el torso de mármol de Carrara
que en los viejos jardines arrancara
del pedestal el tiempo y el olvido.

José J. HERRERO.

Madrid, 1895.



Intima.

RODANDO en la corriente de los años
la juvenil edad del hombre pasa,
y el tiempo lleva en sus inquietas olas
las flores de la vida deshojadas.
Yo perdí ya esa edad de rosa y oro,
de vanas ambiciones insensatas,
y hasta de la memoria del pasado
olvidé ya la inútil remembranza.
Yo dí á la juventud mi adiós postrero
sin pesar ni dolor, porque en mi alma,
yermo jardín, aún yergue su corola
una flor cuyo aroma me embriaga.
Hace dos años que se abrió el capullo
de esa rosa gentil, fresca y lozana,

de esa flor, que ni el sol ardiente mustia,
ni el cierzo frío con su aliento mata.
Pasó mi juventud, ¡nada me importa!
conservo de esa edad esta flor mágica,
que hace reverdecer mi edad presente
con otra primavera inesperada.
Conservo yo esta flor, cuyas raíces
ocupan todo el sitio de mi alma,
perpetua flor, que nada más la muerte,
quitándome la vida, me la arranca.
Pasó mi juventud, ¡nada me importa!
porque tú vives, por que tú no pasas,
porque eres el amor de mis amores,
porque consigues, hechicera maga,
que brote para mí otra primavera
al golpe milagroso de tu vara.

† JACINTO LABAILA.



Arte y Dinero.

¿De qué puedes alabarte?
le dijo al Arte el Dinero.
«Yo puedo ser altanero,
¿mas tú, quién eres?»—¡El Arte!
Soy la luz cuyo fulgor
trazó el descubierto mapa,
el soplo soy que se escapa
de los labios del Señor.
Genio de saber profundo
que brilló con luz de fuego
sobre el horizonte griego
para iluminar el mundo.
Aguila de alta fortuna
que, suelta en el aire apenas,
alzó el teatro en Atenas

y en Roma alzó la tribuna.
El que fundó con el giro
de sus plumas poderosas
las maravillas famosas
de Babilonia y de Tiro.
El que hendiendo esa región
sobre el ala soberana
de su misteriosa hermana
la sublime inspiración,
tras de eternizar á Apeles
y de asombrar á los hombres
con la fama de los nombres
de Fidias y Praxiteles;
tras de labrar á millares,
más caprichosos que augustos,
al idólatra sus bustos
y al pagano sus altares,
de nueva luz rayo fiel,
con inspiración secreta,
santificó la paleta
del divino Rafael.
El que dió vida á los Dantes,
el que levantó á su paso
un prodigio como el Tasso
y un coloso cual Cervantes;
el que mirando á su brillo
y hasta Dios alzando el vuelo,

ángeles robaba al cielo
para el pincel de Murillo;
y el que con grandeza extraña
y un aliento soberano
labró en Roma un Vaticano
y un Escorial en España.
¿A mí compararte? Nó.
Y mientes si lo pensares.
Otra vez, si á tanto osares,
pregúntame quién soy yo.

. . . .

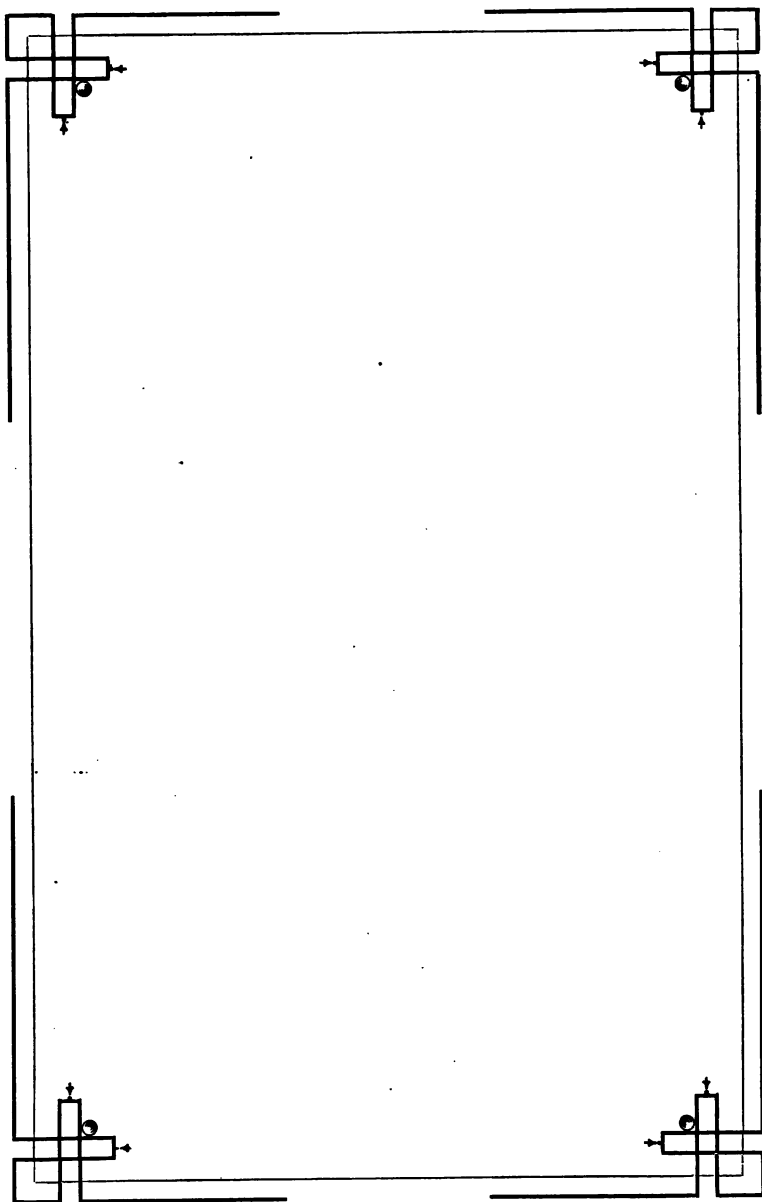
. . . .

El Dinero, socarrón
soltó una risa; después
fuese á comer al Inglés
y el Arte... á cualquier figón.

RAFAEL M.ª LIERN.

Madrid, 1895.





Límites de la razón.

DOLORA.

Ved en ese manicomio
del delirio en el exceso,
á una desdichada loca
mesándose los cabellos.
—«¡Infeliz!—al observarla,
con espanto exclama un viejo:
¡Dios, en su misericordia,
nos guarde el entendimiento!»
Mas la loca que le escucha,
sus furores reprimiendo,
—«¡Ay!—de súbito replica,
no digáis, no digáis eso!
Comencé por admirarle,
engolféme en sus misterios,

y al verme casi perdida
de lo ignorado en lo inmenso,
Para que me lo guardara
dile á Dios mi entendimiento;
y han pasado muchos años
y aún no me lo ha devuelto.»

—

—¿Qué es el mundo?—Un manicomio.
La humanidad... perdió el seso!
no vió, loca, que sus alas
son de cera y Dios es fuego.

† CONSTANTINO LLOMBART.



El Pegaso.

Ver, sentir, gozar ansiaba,
y por saciar el profundo
anhelo que me inquietaba,
la resolución tomaba
de llegar al fin del mundo.
Una dulce amiga mía,
llamada la Fantasía,
que me tiene medio loco,
«Contigo voy», me decía;
«pero el tren anda muy poco.
»A grupas, en mi corcel
sube.»—Subí. ¡Gentil caso!
Cual las velas de un bagel
extendió dos alas él
y alzó el vuelo. Era el Pegaso.

Como el águila caudal,
emprendió la sin igual
vertiginosa carrera,
que con risa celestial
regía mi compañera.
Valles y montes se hundían.
Pasábamos á través
de las nubes, y corrían
imperios, que parecían
juguetes á nuestros pies.
El corcel, sin dejar huellas,
surcó las etéreas salas.
Fulguraban las estrellas
entre las blancas y bellas
plumas de sus grandes alas.
Entre mil luceros de oro,
entre mil soles de fuego,
por sendas de luz, que ignoro,
hízome ver sin sosiego
cuanto ansío y cuanto adoro.
Cuanto admira la ilusión
en perpétua lontananza;
cuanto, verdad ó ficción,
sueña la imaginación
y promete la esperanza.

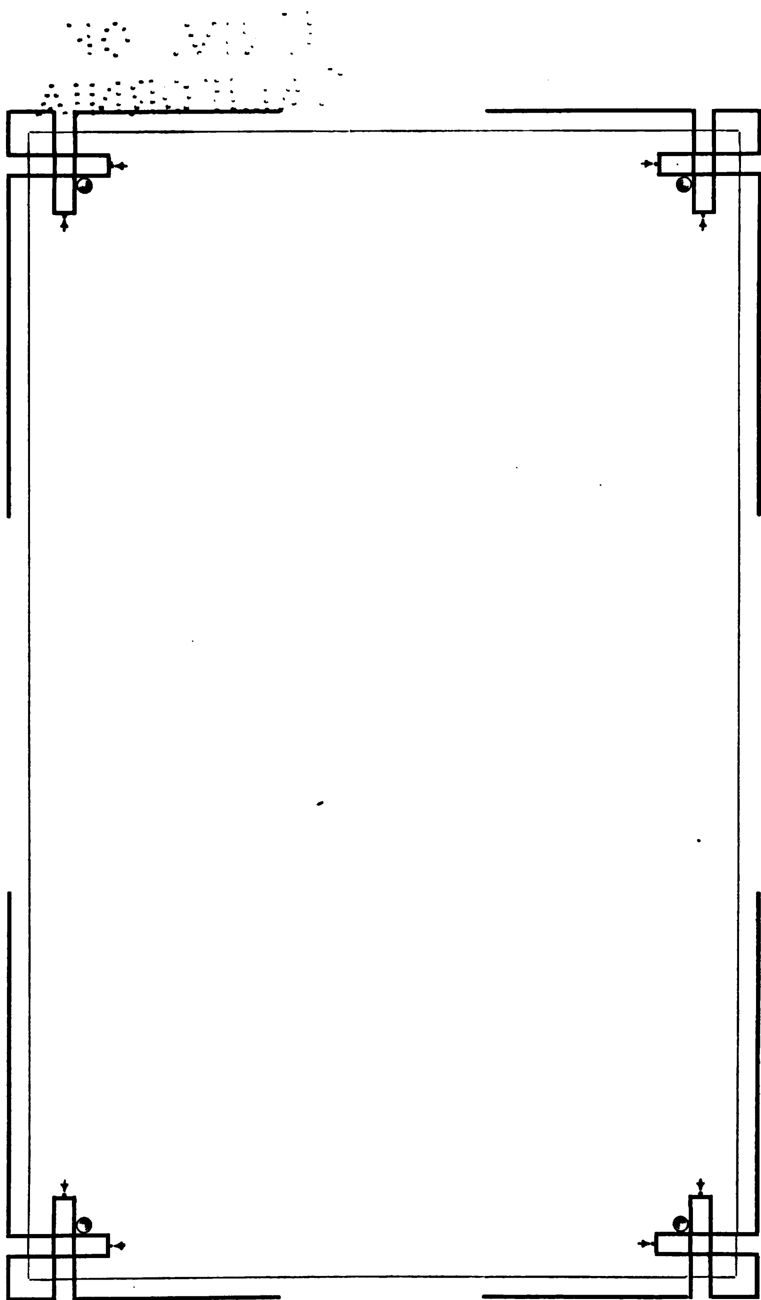
*
* *

De este mundo sublunar
desde entonces no hago caso.
Si algún bien quiero gozar,
no tengo mas que gritar:
«¡Abre las alas, Pegaso!»

TEODORO LLORENTE.

Valencia, 1895.





A orillas del Turia.

Río de mi patria
que corres al mar
sin llevar mis penas
ni sentir mi mal.
Agua cristalina
que corriendo vas,
detente un momento,
no corras fugaz.
¿Por qué tan de prisa
te arrojas al mar,
sin llevar mis penas
ni sentir mi mal?
¡Ah! tantos engaños
el mundo me da,
que casi no siento

sufrir otro más.
Prosigue tu curso,
y que tu raudal
se abisme en la tumba,
la tumba del mar.
Que yo indiferente,
sin pena ni afán,
sigo mi camino
que me ha de llevar,
donde para siempre
mis penas tendrán
de la muerte en brazos,
término fatal,
¡en el mar sin limites
de la eternidad!

† M. Lluch.



Día de fiesta.

En cuanto llegan los días
de la hermosa primavera,
y huyen las nubes del cielo
y los fríos de la tierra,
y Febo templa los aires
que el valle y el monte orean,
tapizándose los campos
con verde y menuda hierba,
espero con alegría
que llegue el día de fiesta,
para ofrecer á mi espíritu
la distracción que desea.

—

Dejo la cama temprano,
y en tanto que mi morena
cuidadosa y diligente

el modesto hogar asea,
yo me afeito y me remozo
lavándome en agua fresca,
y mi camisita limpia
me pongo y mi ropa nueva.
Mi mujercita, á quien quiero
con vida y con alma entera,
se acicala y atavía
haciendo del pelo trenzas
y hondas brillantes, que adornan
su frente blanca y serena.

Da gozo verla vestida
con su faldita modesta,
el delantal de zaraza,
la blanca y ceñida media,
el zapato descotado
y el pañuelo á la cabeza...
¡Para mí no hay en el mundo
otra diosa ni otra reina!

—

Al dar las doce, dispone,
dentro de una limpia cesta,
nuestra sencilla comida,
por sus propias manos hecha,
y ella, con su cesta al brazo,
yo, con mi puro que humea,
á Madrid abandonamos,

y por apartada senda
gozosos nos dirigimos
á la fuente de la Teja.
  Allí buscamos, al pie
de corpulenta morera,
plácida sombra y asiento
en verde y mullida hierba.
—«¡Fuera el pañuelo!—la digo—
¡luce tu cintura estrecha!»
Y yo cuelgo en una rama
mi sombrero y mi chaqueta.
Extendemos en el suelo
blanquísima servilleta,
y sobre ella colocamos
pan blanco, fresca botella,
cucharas de boj, naranjas,
lechuga jugosa y tierna,
y tras de esto se coloca
en el centro la cazuela,
que al destaparla, olorcillos
hasta la nariz eleva,
que encienden el apetito
de la sabrosa merienda.

—

  ¡Qué cuadro tan animado
á la vista se presenta!
Allá á lo lejos oímos

que la guitarra rasguean,
y cantan coplas y ríen,
y corren y bailotean
varias alegres personas
que alguna boda celebran.

—

A otro lado un matrimonio,
con seis chicas y la abuela,
se atiborran en silencio
con hambre de dos cuaresmas.
Allí un mozo y una moza,
con más amor que cautela,
se cuentan en voz muy baja
sus esperanzas risueñas.
Y criadas, menestrales,
y soldados y doncellas,
dan animación y vida
á la fuente de la Teja.
En el aire se confunden
y el viento á nosotros lleva,
formando alegre murmullo
y entremezcladas cadencias,
diversas notas, que lanzan
la dulce gaita gallega,
la alegre y pastoril flauta,
la soñolienta vihuela,
el pandero y sus sonajas,

las clásicas castañuelas,
los cantares andaluces
y las coplas madrileñas.

—

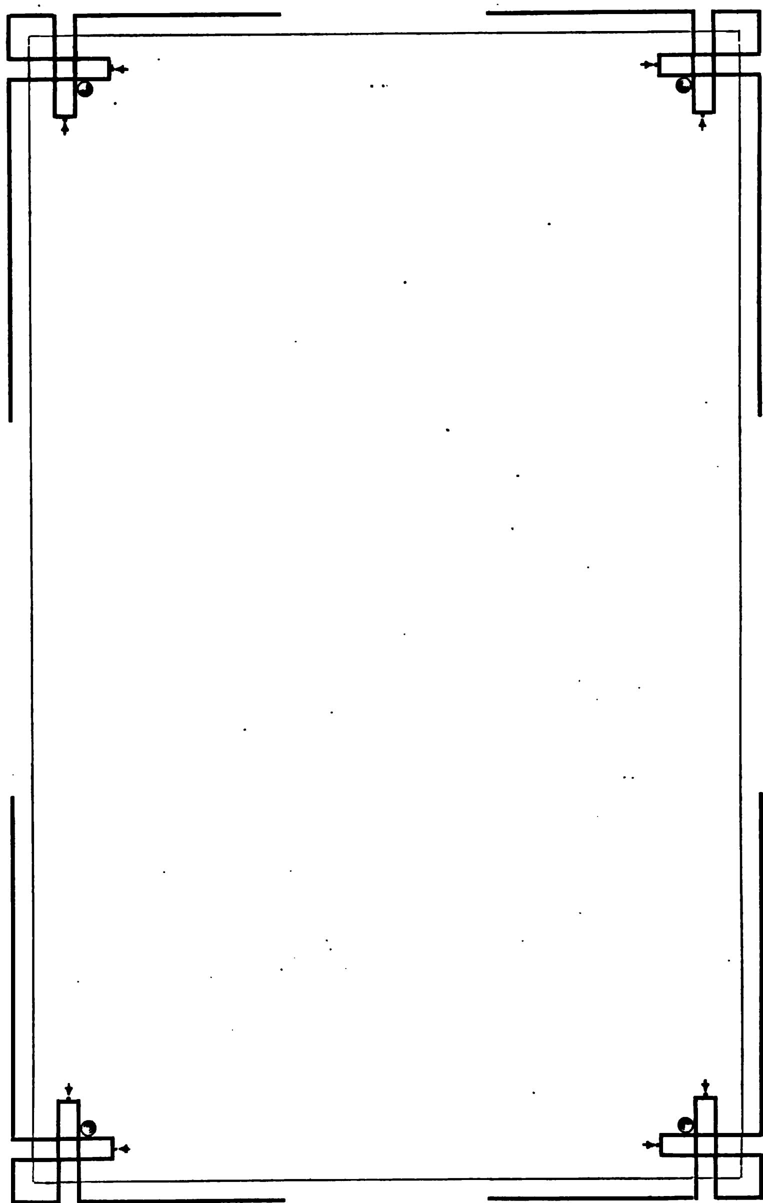
La tarde, por fin, declina,
el sol sus ardores templa,
y mi mujercita y yo
recojemos en la cesta
los residuos del banquete,
dando hacia Madrid la vuelta.
Ambos, cogidos del brazo
en amorosa pareja,
y cantando alguna copla
de conocida zarzuela,
emprendemos el regreso
siguiendo la misma senda.

—

Esta es la vida que hacemos
todos los días de fiesta
tras de los seis de trabajo
y de incesante faena,
y si al acabar el mes
no hay en casa una peseta,
vivimos sanos y alegres,
en paz y en gracia, y... etcétera.

Manuel MATOSES.

Madrid, 1895.



A Valencia.

N mar de afectos humanos
guardas avara en tu seno,
y se haces rugir el trueno
se estremecen los tiranos:
el amor y el genio hermanos
van aquí unidos los dos.
Amor, que del bien en pos
goza en ti santo renombre,
es fuerza que rinde al hombre
y nos aproxima á Dios.

—

Honrada y gloriosa tierra,
libre como valerosa,
eres la ciudad hermosa

de las artes y la guerra.
Eres un pueblo que encierra
sus victorias á millares,
y al venir de extraños lares
se te admira sonriendo,
cual otra Venus, saliendo
de la espuma de los mares.

—

Cuanto natura produce,
cual preseas codiciadas
á regiones apartadas
tu inteligencia conduce.
Tu honor al provecho induce
y al raudo vapor inmolas;
que si tus frutos las olas
llevan con impulso blando,
guirnaldas te van bordando
las riberas españolas.

—

Centro de la ilustración,
que con dignidad ostentas
las cuatro barras sangrientas
de Don Jaime de Aragón.
Eres la noble región
que no marcha al retroceso,
y que sabe con exceso
y con ingenio profundo,

que el trabajo, ley del mundo,
es palanca del progreso.

—

Tienes celeste Patrona
á quien amas reverente,
reflejándose en tu frente
el brillo de su corona.
Eres la hidalga matrona
llena de fé y santidad;
gozas de prosperidad,
ángeles son tus mujeres
y cuna Valencia eres
de la invicta lealtad.

—

Dotó Dios de mil primores
á la región valenciana,
mas la caridad cristiana
es la reina de sus flores.
Alivia nuestros dolores
con su aliento embriagador,
y es la enseña del valor
que á todos hace rivales,
porque aviva las señales
de fé, de patria y amor.

—

Hermosa perla española,
en tus penas y en tus cuitas

de auxilio no necesitas,
porque te bastas tú sola:
el quebranto no te inmola,
madre amorosa y leal;
que esa virtud celestial
á tus hijos ennoblece;
su numen jamás decrece
y es, como Dios, inmortal.

VICENTE MENDIOLAGOITIA.

Valeucia, 1895.



La Tempestad.

Relámpago fugaz el cielo hendía,
y ligera lluvia al campo descendía
en armónico són;
allá á lo lejos retumbaba el trueno,
y tú, medrosa y agitado el seno,
rezaste una oración.

—

La tormenta veloz sė aproximaba
hacia el árbol que abrigo nos prestaba,
y al verla tú avanzar,
cual la frondosa vid tiende sus lazos
al olivo cercano, así tus brazos
viniéronme á enlazar.

—

Mi diestra acariciaba tu cintura,
que cual palma que flota en la llanura,
meciase gentil;
mis labios se posaron en tus rizos,
y á impulso de tus mágicos hechizos
les dieron besos mil.

—

Y al par que tú con fervoroso anhelo
rogabas que cesase, al almo cielo,
tan fiera tempestad,
extasiado de amor, el alma mia
al cielo que durase le pedia
por una eternidad.

Manuel MILLÁS.

Valencia, 1895.



A una fuente.

Fuentecilla encantadora,
de linfas puras y frescas,
en cuyo fondo retratas
el verdor de tus riberas!
Si comparo tu frescura
con el calor de mis venas
y tu plácido murmullo
con mi vida turbulenta,
siento congoja en el alma
y en mi corazón tristeza.
De tu humilde condición
¡oh fuente! salir no quieras;
no envidies nunca al torrente
que ruge altivo en la selva.
Tú resbalas entre flores;
él entre peñascos rueda.

Como tú también mi vida
deslizaba placentera
sin quebranto ni amargura;
flores sólo en mis riberas.
Un día quise, atrevido,
salir de mi humilde esfera,
y me lancé presuroso
en pos de gloria y riqueza.
Y tras de combate rudo,
desalentado y sin fuerzas,
cayeron rotas las alas
de mi ambición, que era inmensa,
y probé del desengaño
el acibarado néctar,
no deslizando entre flores,
sino rodando entre peñas.

Mis esperanzas de ayer,
juveniles y risueñas,
flores son que han muerto ya;
y aunque mi llanto las riega,
darles frescura no puedo,
porque están del todo secas.

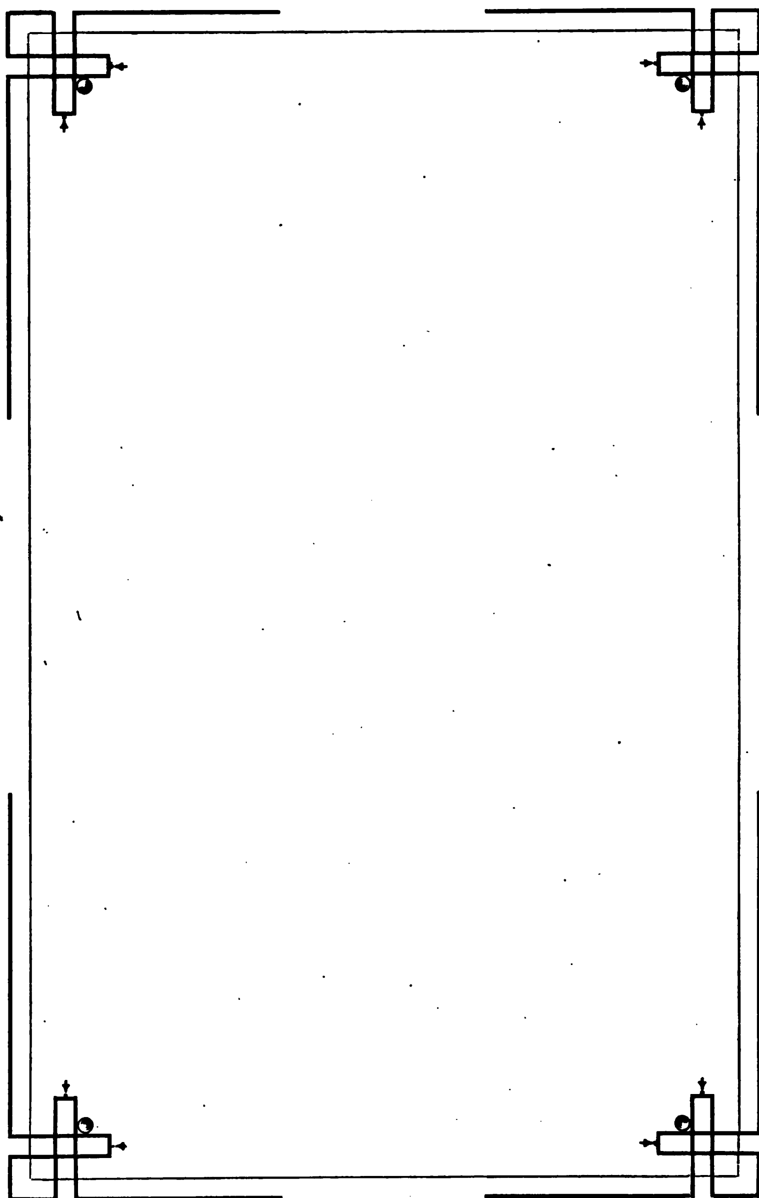
¡Fuentecilla seductora,
de linfas puras y frescas!
Si alguna vez el torrente
con su rumor te aconseja
que abandones presurosa

tu sosegada existencia,
respóndele:—Soy dichosa;—
y prosigue tu carrera
entre tapices floridos
y entre festones de hiedra,
si no quieres ver marchitas
las flores de tus riberas.

PASCUAL MONTAGUT.

Valencia, 1895.





Cuestión de forma.

(APUNTE TEATRAL.)

Es Teresita Rincón
una muchacha muy bella,
corista de profesión,
natural de Chirivella
y modista de afición.
  Cuando pesca una contrata
luce su hermosa figura,
hace de tiple barata
y abandona la costura,
que el mucho coser, la mata.
  Da el sí con mucho vigor,
y aunque habla bastante mal,
dice de ella el director
que en el registro central

tiene un timbre superior.
Viste bien, es elegante,
es puntual y es callada,
lo aprende todo al instante
y está muy desarrollada,
sobre todo por delante.
Con su carilla de fiesta,
su toquilla y su mantón,
va al ensayo tan dispuesta,
y es la desesperación
del director de la orquesta.
Viéndola el hombre disfruta,
y aunque procura estar grave,
cuando Teresa ejecuta,
la mira, y tiembla, y no sabe
dónde tiene la batuta.
Y su entusiasmo no acalla
y la eleva hasta el pináculo,
y en férvido aplauso estalla
en las obras de espectáculo
donde ella viste la malla.
¡Qué formas! ¡Qué morbidez!
¡No puede el cincel más diestro
reproducir su esbeltez!
¡Y cómo suda el maestro
con aquella desnudez!
La pobre se acerca incauta,

luce sus bellos primores,
pierde el maestro la pauta
y riñe á los profesores,
sobre todo al de la flauta.

Pues bien; á esta niña honesta,
envidia de más de cuatro
por lo gentil y lo apuesta,
la despiden del teatro.
¿Por el director de orquesta?

No tal. La murmuración...
Envidian su juventud,
su gracia, su discreción...
¡y hasta envidian su virtud!
¡Cosas de la profesión!

¡Que si un autor la hizo el oso
y la llevó á la verbena!
¡Que si está el tenor celoso!
¡Que si la han visto en el foso
con el director de escena...!

¡Calumnia! ¡Pura maldad!
¿En el foso? ¿Y su recato?
Si allí bajó, la verdad,
es que le cayó un zapato
por una casualidad.

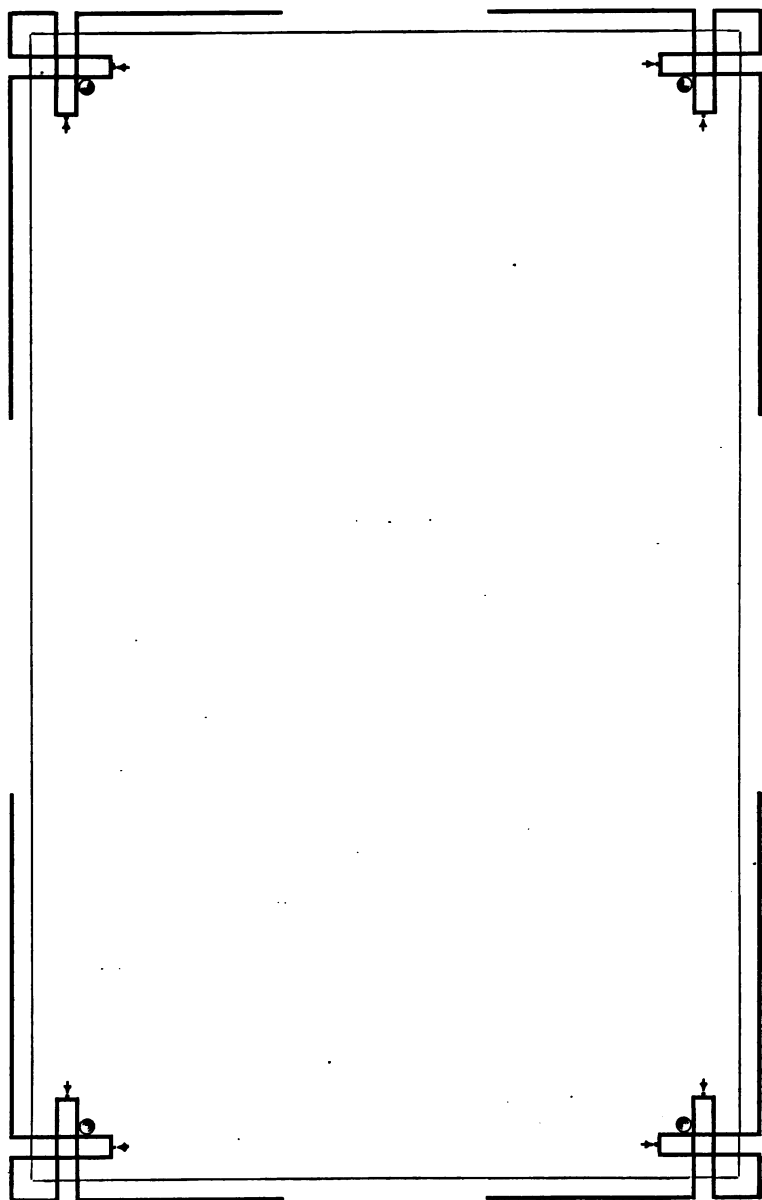
¡Ni el autor la hizo el amor
—aunque suelen darse casos—
ni fué novia del tenor,

ni la han visto en malos pasos
nunca con el director...!
Los que así la calumniaron
sus asertos no probaron,
y ella logró la victoria.
Entónces, ¿por qué la echaron?
Ahora contaré la historia.
Representando el *Bocaccio,*
obra que incita al amor,
y que no es un mamarracho,
se besó en el bastidor
con otro corista, macho.
Un beso á nadie le choca.
¡Qué hay de extraño que se junte
allí una boca á otra boca!
Mas lo vió el segundo apunte...
y ¡á morir! la volvió loca.
Era muy mal enemigo,
y tenaz en su porfía,
de aquel secreto al abrigo,
la miraba y la decia:
¡Si no me besas, lo digo!
Lo besó: y aquel exceso
á su pudor arrancado
vió el barítono malvado,
y ¡es claro! pidió otro beso,
y fué el tercero besado.

El tenor, gran seductor,
vió la cosa, y atrevido,
al fin miró conseguido
de la niña igual favor.
¡Fué el cuarto favorecido!
Para el quinto, halló pretexto
un vejete, un don Macario,
representante indigesto,
y, en fin, ¡hasta al empresario
besó Teresa, y fué el sexto!...
La tiple, que era feroz
como nadie tiene idea,
y que andaba mal de voz,
y era vieja, y era fea,
la tenía un odio atroz.
Y el caso al averiguar,
dice que no se conforma
tal corista á tolerar,
y la tuvieron que echar
por una cuestión de... forma.
No fué caso extraordinario
que perdiera su acomodo,
pues sabe todo empresario
que en cuestiones de escenario
la buena forma es el todo.

E. NAVARRO GONZALVO.

Madrid, 1895.



Anhelo eterno.

APURA el hombre ansiosa y locamente
la copa del placer día tras día
creyendo mitigar su sed ardiente,
mas su ansiedad creciente,
«Bebe más, bebe más», contesta impía.

Amontona sin tregua plata y oro
y millares de joyas y de alhajas,
y al mirar anhelante su tesoro,
parécele que á coro
«Venga más, venga más», claman sus cajas.

Si al escalar la cumbre inabordable
donde la gloria del poder estriba,
se cree ya en la meta insuperable,
la ambición insaciable
«Más arriba—le grita—más arriba.»

«Sólo tuya seré mientras aliente»,
dice, cuando la abraza de amor loco,
la mujer adorada sonriente;
y él contesta impaciente:
«¿Tan sólo hasta el morir...? eso es muy poco.»

Si pretende avanzar con firme aliento
del saber por la senda inexplorada,
tras esfuerzos titánicos sin cuento
clama con desaliento:
«Sólo llegué á saber que no sé nada.»

Ni aun de la virtud el yugo blando
del hombre doma el anhelar sombrío,
pues cuanto más en ella va avanzando,
más se humilla exclamando:
«Imposible llegar... ¡piedad, Dios mío!»

Así el humano, en lucha inextinguible
con algo ignoto, que á entrever no alcanza,
buscando ansioso un *más allá* invisible,
corre tras lo intangible,
que ve más lejos cuanto más avanza.

José NEBOT.

Valencia, 1895.

Ultimo adiós.

Dulce esperanza, para mí perdida!
¡Luz en la noche de mi obscura vida!
¡Sér de mi propio sér!
Que no turben mis lágrimas tu calma,
pero recoge al menos en el alma
mis ayes, ¡oh mujer!

Yo vivía feliz; era mi encanto
un amor tan purísimo, tan santo,
como jamás soñó
la loca fantasía del poeta.
¡Como amaba Romeo á su Julieta,
aún más te amaba yo!

Como el niño que en lágrimas deshecho
en maternal regazo busca el pecho,
yo buscaba también

de tus rasgados ojos los destellos,
y al ser herido sin piedad por ellos,
soñaba en un edén.
Yo te amaba cual ama el cefirillo
á la gardenia de esmaltado brillo
que la orea á su vez;
te amaba cual el tronco á su ramaje,
como las aves aman su plumaje,
como á la linfa el pez.
Buscaba la sonrisa de tu boca
que á los deseos sin cesar provoca,
¡esto quise encontrar!
Era mi afán hallar en este suelo
un algo, de lo mucho que en el cielo
se goza sin cesar.
Yo pensaba embriagarme con tu aliento,
y refrescar con él mi pensamiento,
ideas y razón:
pensaba en dulce lazo estar unidos
y recoger los últimos latidos
de nuestro corazón.
¡Pensaba mucho más! ¡aún más quería!
Yo pensaba entregarte el alma mia,
¡el alma, que es de Dios!
Era mi amor tan grande, tan eterno,
que si por él bajaras al infierno,
yo te siguiera en pos.

Y este afán, este amor, esta locura
que un día fueron mi mayor ventura,
desaparecen ya,
así como la henchida y blanca vela,
y la argentada espuma de la estela
del barco que se va.

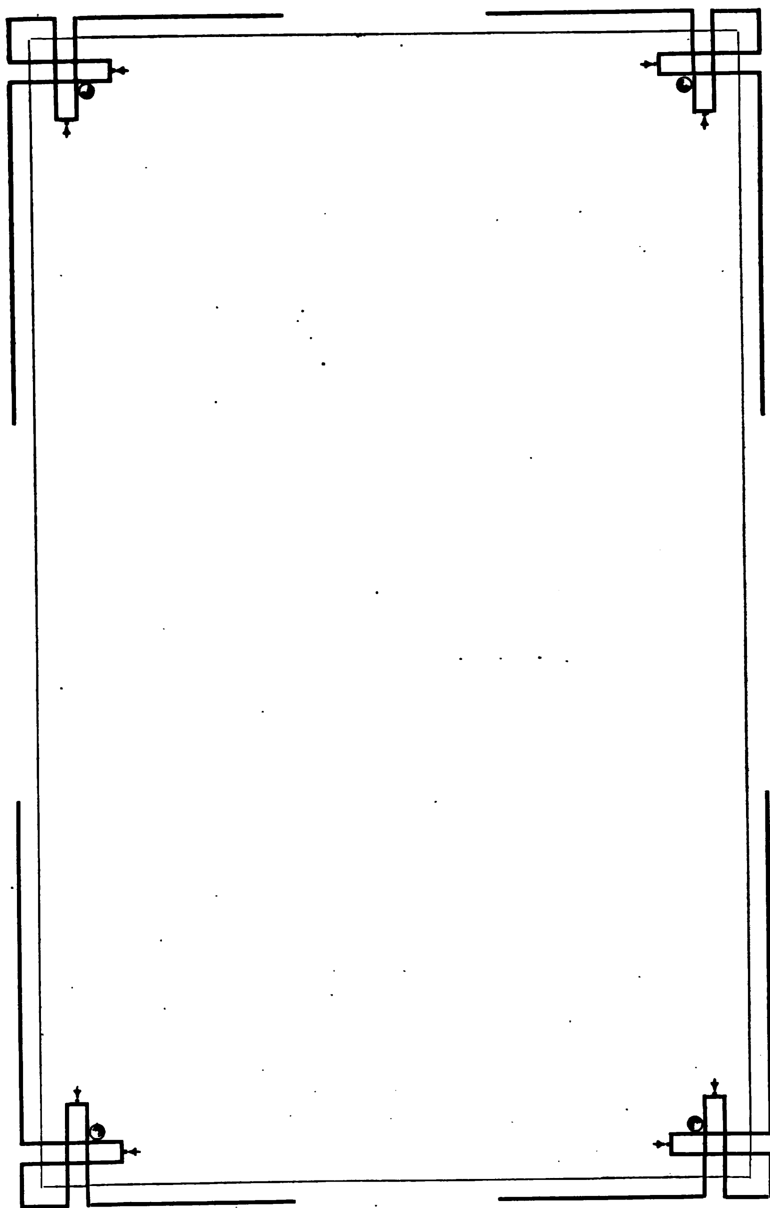
¡Queda con Dios, mujer! piensa á tus solas,
mientras yo cruzo las rizadas olas
en busca de quietud,
que tu imagen grabada está en mi pecho
y me hará compañía, hasta en el lecho
que forma el ataúd.

Y si en lóbrega noche ó claro día
vibrase en tus oídos la voz mía,
puedes segura estar
que es mi alma, que alzando rauda el vuelo,
te dice adiós al remontarse al cielo,
los aires al cruzar.

ANTONIO PALANCA HUESO.

Valencia, 1895.





¡Ayes del alma!

CARTA DE AMOR

LEJOS de vos, alma mía,
cuanto hay me produce enojos,
pues sin vos, ¡quién lo diría!
me falta la luz del día,
si falta la de esos ojos.

—

Con ayes que el pecho arranca
pienso en vos de tal manera
y sufro tal, doña Blanca,
que no hay ciencia en Salamanca
para el mal que me exaspera.

—

Vida sin amor no es vida;
amar con infausta suerte,
tumba es de amor que convida

al alivio de una herida
que cicatriza la muerte.

—

Por eso muriendo voy
desque con vos he sabido
lo que he sido y lo que soy,
pues de sobra he comprendido
lo que va de ayer á hoy!

—

¿Por qué los ojos vehementes
son hoy tibieza y desmayos?
¿Por qué tan indiferentes,
si vivos al par que ardientes
me abrasaban con sus rayos?

—

Vivo el calor del amor
que hoy niega vuestro despecho,
vos fuísteis la que en rigor
lo trocó en lava del pecho
cual volcán abrasador.

—

Tímidos en sus albores
de mi pasión los instantes,
vuestros labios seductores,
risueños y halagadores,
la excitaban por momentos.

—

Tal estoy y de tal suerte
miro negro el porvenir,
que él mismo á la vez me advierte
que es preferible la muerte
á tan mísero existir!

—

Dónde mayor rendimiento
pudiera en el mundo haber,
si fué vuestro en el momento
cuanto supo el pensamiento
consagrarle á la mujer!...

—

Déme luz vuestro arrebol,
y en mi habrá vida seguida,
pues soy como el girasol,
é iré volviendo á la vida
al volver junto á ese sol.

—

Si ingrata mi desconsuelo
desoyes cual haces tú,
no cabe duda al recelo!...
si el rostro te lo dió el cielo,
te dió el alma Belcebú!

—

Yo, con angustia y dolor,
contra tus odios, mi calma
le pedirá al Redentor,

que ponga en tu cuerpo el alma
que necesita mi amor!

—

Cuenta si te adora fiel
quien va de tu bien en pos,
cuanto te ofrece ¡cruel!
robaste el alma á Luzbel!...
no olvides que tengo... á Dios!

Francisco PALANCA y ROCA.

Valencia, 1895.



Los ojos.

A...

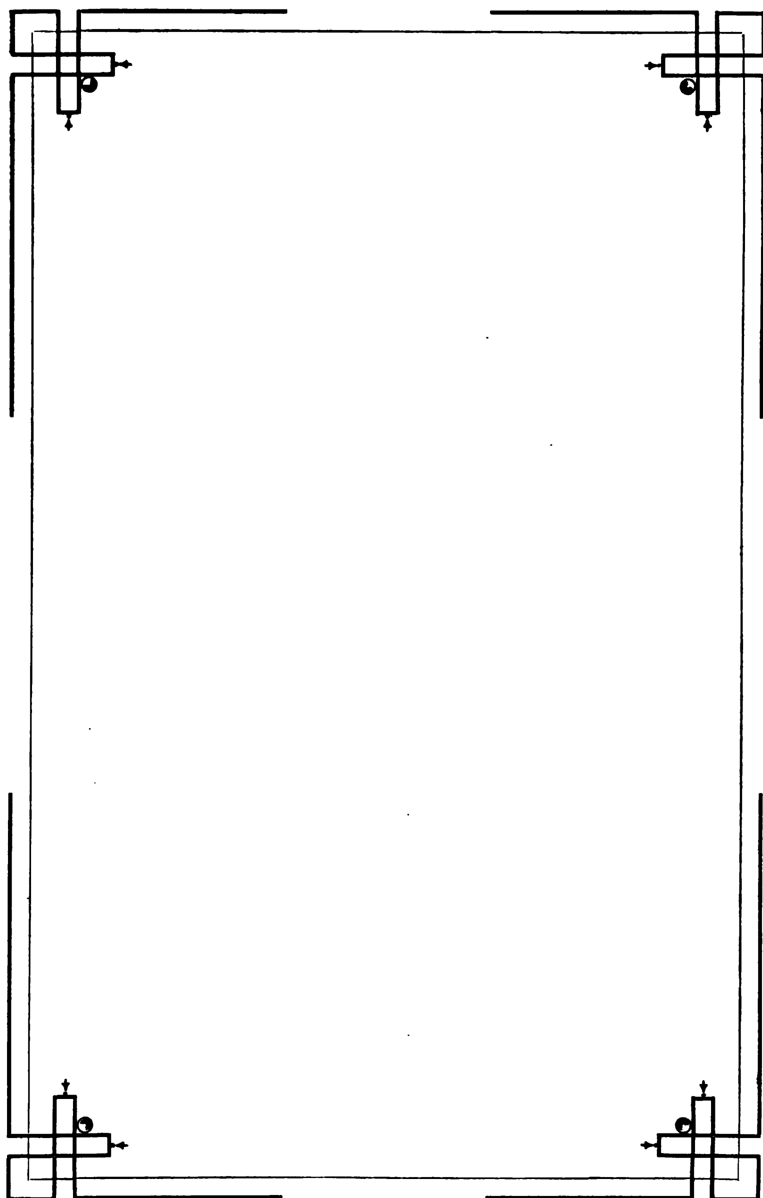
INTÉRPRETES del amor
y mensajeros del beso,
en los ojos dejó impreso
su poder el Criador.
Los garzos son del placer
anzuelo con fuerza tal,
que aunque los cubra el cristal,
descubren á la mujer.
Mezcla de sombra y de luz,
como hijos de amor bastardos,
son tales los ojos pardos,
que hay quien les hace la cruz.
Azules, son del Edén

el reflejo y la esperanza,
y á tanto su magia alcanza,
que hacen mal, si miran bien.
Esmalte de verde-mar
suelen lucir ciertos ojos,
que hacen del amor antojos
y un capricho del mirar.
Cuando entre acentos de miel
dos ojos sin fé divises,
huye, que son ojos grises,
llenos de astucia y de hiel.
Los negros, espejo son
de un espíritu infinito,
que en sus pupilas ha escrito
la historia del corazón.
Si vivos, su ardiente afán
lanza dardos por latidos;
mas si se clavan dormidos,
su fuego se torna imán.
Tantos matices, en suma,
pueden retratar dos ojos,
que sus cariños ó enojos
no los dibuja una pluma.
Mas no indagues descortés
qué ojos, al verte, prefiero,
pues lo que sienta primero
lo habré de callar después.

Cuando llores por amor
y al cielo implores consejo,
cuenta tu mal á un espejo
y en él verás lo mejor.

† CRISTÓBAL PASCUAL Y GENÍS.





¡Ciego!...

Cuando te pude ver, no quise verte,
y ahora que no te veo,
me dominan de un modo tus palabras,
encuentro una armonía en tus acentos,
que entre la obscuridad que me consume
á todas horas pienso
que, si como la voz tienes el rostro,
será tu cara un cielo.
¿Y no te podré ver? ¿Y ha de extinguirse
la vida que ahora tengo,
sin mirar esos ojos que he forjado
aquí en mi pensamiento,
esos ojos ardientes y divinos
que sólo veo en sueños?
. . . .

Cuando te pude ver, no te miraba.
Ahora que quiero verte, ahora no puedo.
Dales, gran Dios, la luz á mis pupilas
sólo por un momento,
y esta vida monótona y pesada
arrebátame luego;
que si el ansia de muerte me devora,
es sólo porque creo
que te verán los ojos de mi alma
al separarse de mi pobre cuerpo.
Sólo pido al Señor que me perdones:
ya ves que me arrepiento.
Estaba loco, sí; no sé decirte
cuándo he estado más ciego,
ahora que están las sombras en los ojos,
ó antes, que las tenía en el cerebro.

VICENTE PEYDRÓ.

Madrid, 1895.



El moro valenciano.

Á LA SEÑORA BARONESA DE CORTES (1).

Del Asia tropical, donde el sol brilla
en perpetuo verano,
le trajo no sé quién una semilla
á un moro valenciano.
De esto hace mucho tiempo, mucho, mucho;
no existe historiador que nos recuerde
la fecha, aunque en las fechas sea ducho,
y este acontecimiento se nos pierde
en esa noche obscura del pasado,
desgracia que conmigo han lamentado

(1) La Sra. Baronesa de Cortes regaló dos melones NOTABLES á Pérez Escrich, y al dia siguiente Pérez Escrich le envió la poesia *El Moro valenciano*.

varios historiadores,
que eran muy *curiosísimos* señores.

—

Mas siguiendo mi cuento,
diré que el moro, sin perder momento,
como era labrador inteligente,
la tierra preparó, hizo unos hoyos
y sembró la semilla diligente.
Esto, lector, pasaba
en el famoso término de Foyos;
pero ya de decirlo me olvidaba,
pues la pícara rima,
con su poca vergüenza y desparpajo,
se empeña á veces en poner debajo,
lo que es muy justo que se ponga encima.

—

Como el moro hortelano no sabía
lo que aquella semilla producía,
horas de angustia y de inquietud pasaba
cabizbajo y mohino,
hasta que ya por fin observó un día
un tallo blanquecino
que la fecunda tierra perforaba:
—¡Hola!...—se dijo en árabe—ha prendido,
y alegre y complacido
se dirigió el buen moro á su *barraca,*
donde fué recibido

por un relincho de su ardiente jaca,
y la amable sonrisa de una mora
que era aquella semana la *señora.*
  De hojas redondas y amarillas flores
se llenaron los tallos trepadores,
y acudieron á ver la planta extraña
los moros labradores
de esa fértil región que el Turia baña.
  Poco á poco la flor se fué cubriendo
de un tubérculo verde y ovalado,
y tanto iba creciendo,
que estaba el moro labrador pasmado
al ver las dimensiones
que en su huerto adquirían los melones.
«Alá es bueno, y es grande y generoso»,
—el árabe en su jerga se decía;—
«si este fruto es sabroso
en relación al colosal tamaño,
mi *barraca* en *Alcria*
con la ganancia trocaré en un año.»

—

  Llegó el día feliz, llegó la hora;
junto al *femer* de la *barraca* mora
reunió á su familia el moro padre,
es decir, seis mujeres, treinta hijos
y una vieja á quien él llamaba madre.
Cruzando las tostadas pantorrillas,

un corro allí formaron en cuclillas,
y en dos espuertas de melones llenas
fijaron sus miradas agarenas.

—

Echó el moro mayor mano á la faja,
empuñó la gumía,
cogió un melón y se partió una raja;
y en tanto que el papá se la comía,
la abuela, las mujeres y los hijos,
los labios cada cual se relamía,
teniendo en su señor los ojos fijos.

—

—«¡Alá es grande!»—exclamaba—
y una segunda raja se *atizaba:*
—«¡Alá es universal, es poderoso!
¡Qué fruto tan sabroso!
¡Oh, qué sabroso fruto!...»
Y en tanto la familia murmuraba:
—«¡Alá, qué padre nos tocó tan bruto!...»
Así probando, se comió una espuerta
de aquellos sabrosísimos melones;
y la familia, con la boca abierta,
sólo comió de Alá las bendiciones.

*
* *

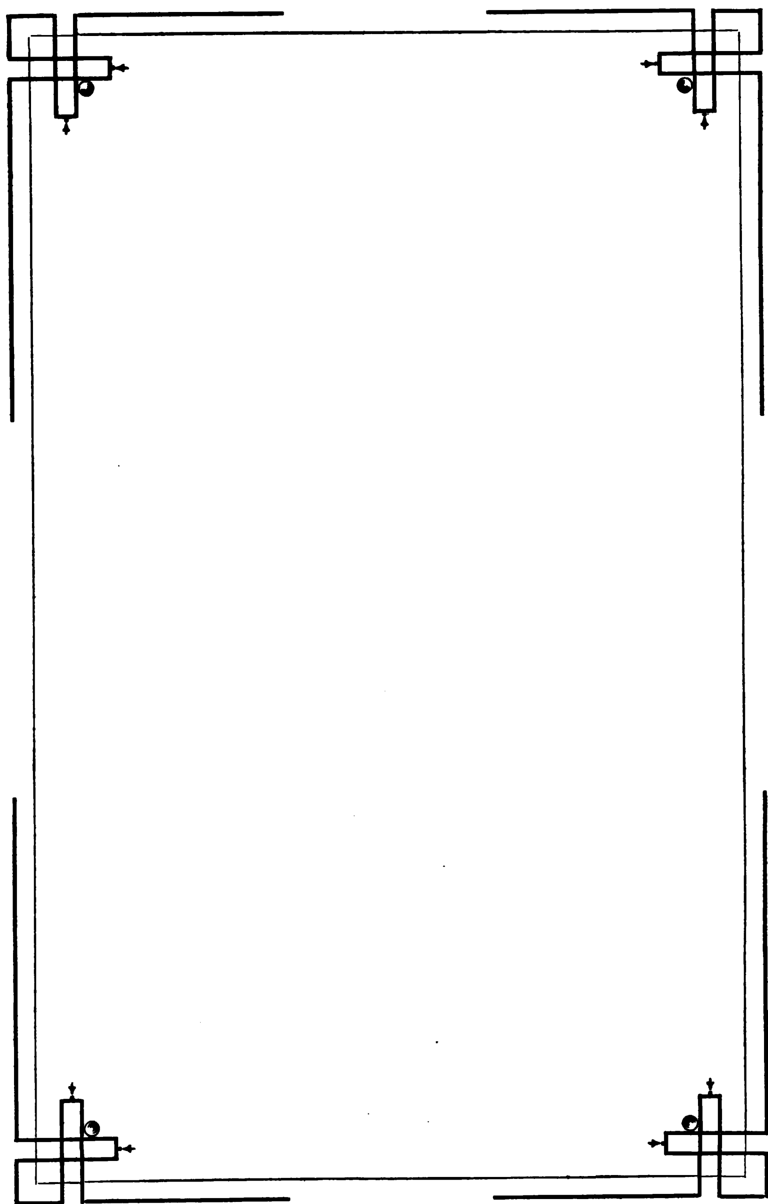
Señora Baronesa:
si ayer no soy cristiano,

en derredor de mi modesta mesa
se repite la escena, de seguro,
del moro valenciano.
¡Qué melón! ¡qué melón! Almíbar puro;
no lo comió jamás ningún nacido;
por eso el paladar, agradecido,
estos pobres renglones
dedica de Valencia á los melones.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

Madrid.





A un soldado manco.

Señor soldado, ya sé
que en la más alta ocasión
que ha habido en esta nación,
perdió una mano usarcé.
Herida gloriosa fué
y alaballa será en vano;
mas luego, al furor insano
de una tempestad sin calma,
perdisteis la paz del alma,
que es más que perder la mano.
Manco fuisteis, y mancó
á la par vuestra ilusión;
la herida del corazón
á la del cuerpo se unió,
pero cuando el cielo os vió

sucumbir al hado adverso,
burla siendo del perverso
alcabalero y juglar,
genio os dió para alumbrar
las sombras del Universo.

Cuando la ignorancia abruma
á la humanidad postrada,
no la redime la espada,
sí los filos de la pluma;
ellos fueron los que, en suma,
como pincel inmortal,
trazaron el ideal
de un bien, sin dolo ni agravio,
que con la risa del sabio
vos opusisteis al mal.

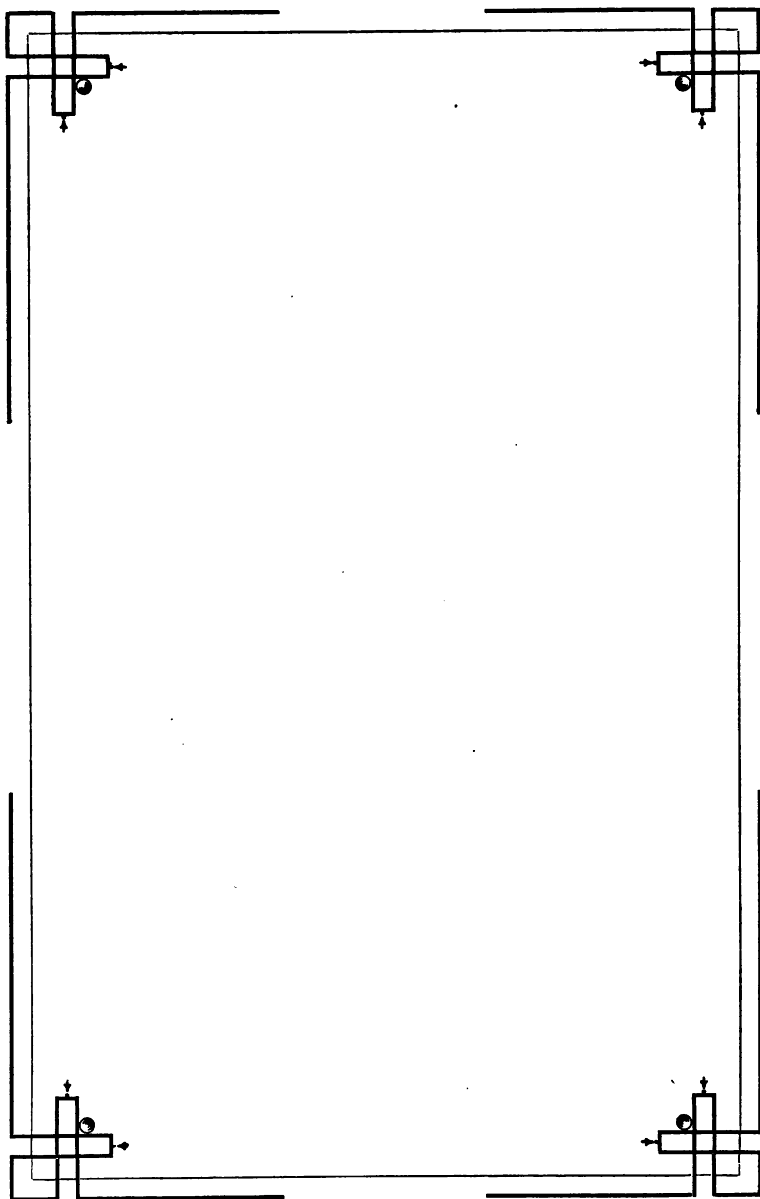
Burla fué, justa revancha
de cuanto habíais sufrido,
aquel hidalgo nacido
en un pueblo de la Mancha.
El, como fiera avalancha,
rodó para darle guerra
á cuanto este mundo encierra
de torpe, menguado ó loco,
y su insensatez fué foco
de razón sobre la tierra.

Seor soldado, ya sé
que en la más alta ocasión

que ha habido en esta nación,
perdió una mano usarcé.
Grande la pérdida fué
y lo consigna la historia.
¡Quién, para que su memoria
conservaran los humanos,
pudiera perder las manos
con tal de ganar la gloria!

† Félix PIZCUETA.





Las tres flores.

Crié tres flores en el pecho mío
con dulce encanto, con afán sincero.
Mi pobre corazón fué el jardinero,
y fué mi llanto su primer rocío.
La flor más bella, el azahar amado,
á mi esposa le dí con ansia loca,
y al besarla frenética su boca,
mustias sus hojas ví desconsolado.
Con tierno y santo amor á la hija mía
la rosa le entregué, de gozo henchido,
mas ella se la dió á su prometido
en prenda de su amor al otro día.

La modesta y humilde violeta
le dí á la madre que mi pecho adora,
y aún dentro de la tumba donde mora,
en su fiel corazón la flor vegeta.

José María PUIG TORRALVA.

Valencia, 1895.

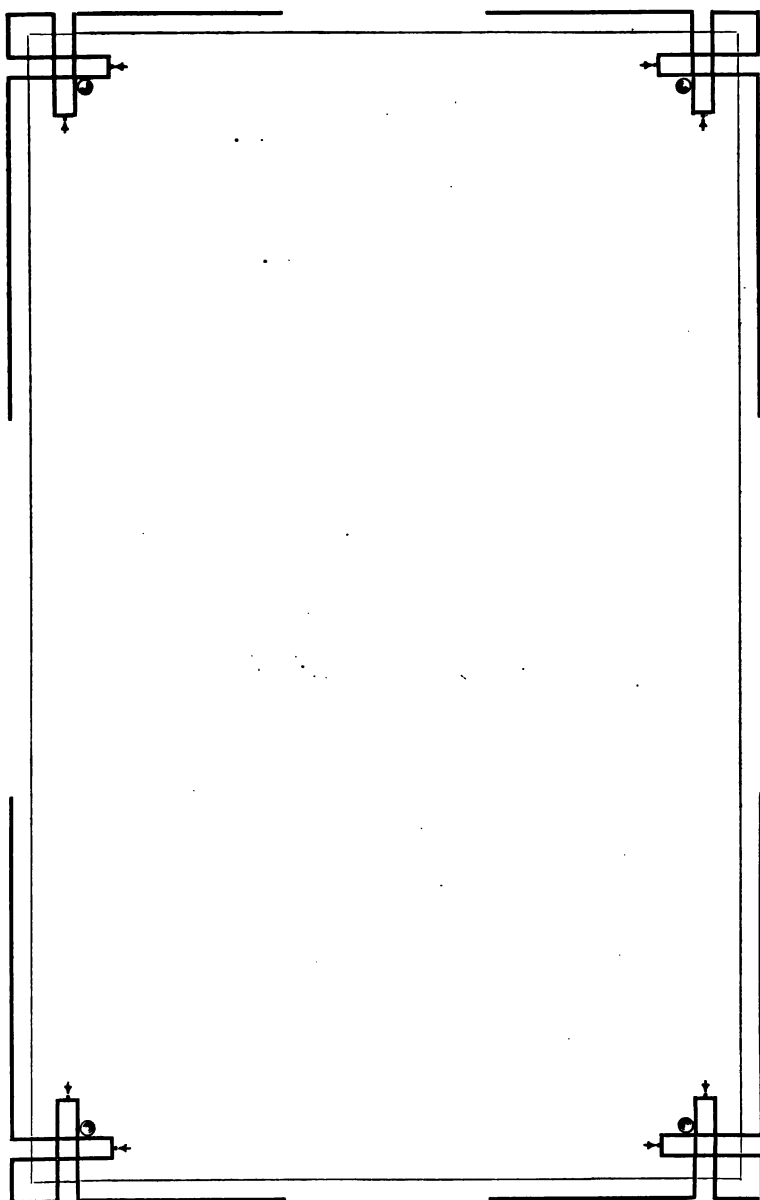


Soneto.

No hay tormento que iguale á mi tormento;
ni para dejar de amarla medio no hallo,
é inútilmente con ardor batallo
por arrancar de mí tal sentimiento.
A nadie, ni aun á ella, lo que siento
digo para alcanzar consejo ó fallo;
y más es mi sufrir cuanto más callo,
y preso he de tener mi pensamiento.
Tan triste situación, lucha tan ruda,
á un tiempo la deseo y la maldigo
con ansia fiera, mas con ansia muda;
é imposible amor siendo el que persigo,
por ese amor he de morir, no hay duda,
pues ese amor ha de morir conmigo.

RAMIRO RIPOLLÉS.

Valencia, 1895.



Mi epitalamio.

Ya espera el sacerdote, ya sobre el ara santa
brillante resplandece la cruz del Redentor,
ese inmortal emblema que misterioso canta,
el himno más sublime del eternal amor.

—

Ven, ¡oh mujer amada! ven, y antes que nos una
por siempre un juramento ante el cristiano altar,
tu amante, tu poeta, renovará una á una
cuantas promesas te hizo en su primer cantar.

—

¿Te acuerdas de mis versos? En ellos te ofrecía,
ya ciego, enamorado, temblando de emoción,
que toda mi existencia á tí consagraría,
que te entregaba el alma, la fé y el corazón.

—

Brindábate consuelos en todos tus dolores;
te prometía ciego por ti sólo vivir,
para alegrar tu vida, para sembrar de flores
las sendas por dó vayas buscando el porvenir.

—

Y es que un presentimiento profundo, inexplicable,
á ti me conducía con mágica atracción:
¿adivinaba acaso que nuestro amor instable
iba á fijar por siempre la eterna bendición?

—

¿Acaso presentía en ti á la amante esposa,
que iba á encender la llama para mi nuevo hogar?
¿ó era la torpe y ciega fuerza que poderosa
el átomo une al átomo y eleva al cielo el mar?

—

No sé, pero impulsado por loca idolatría,
como la madre al hijo, como el creyente á Dios,
fanático te adoro, mi bien, desde aquel día,
y es mi delirio único ir de tu huella en pos.

—

Y como el sol es centro de tanto y tanto mundo
que en torno suyo gira por el azul confín,
en torno de tu imagen, del alma en lo profundo,
mis pensamientos giran en círculos sin fin.

—

Todas las ilusiones de mi existencia entera,
ensueños imposibles de gloria y de poder,

fantásticas historias que forja mi quimera,
futuras creaciones que alientan en mi sér;

—

Ideas que en el fondo de mi cerebro flotan
y que mi sien golpean pugnando por salir,
raudal de sentimientos que de mi pecho brotan
buscando en lo infinito espacio en que vivir;

—

Recuerdos ya confusos de seres adorados;
memorias incompletas de lo que ya existió;
reminiscencias vagas de mundos ignorados,
por donde acaso un día mi espíritu pasó;

—

Cuanto mi sér encierra, cuanto mi mente abarca;
cuanto deseo y amo, cuanto creé y sentí,
en torno tuyo gira, te aclama por monarca,
luz de tus ojos toma, halla su centro en tí.

—

Y así como fecunda la creación palpita,
si el rayo del sol besa su seno creador,
y el germen en el surco bajo su luz se agita,
y brotan tallos y hojas, y se convierte en flor;

—

De este pequeño mundo que mi cerebro encierra,
de este volcan pequeño que el pecho hace latir,
brotan mis pensamientos, como la flor la tierra;
se activa el fuego ardiente de amor y de sentir.

—

Di, ¿quieres ser ¡oh hermosa! el sol de mis amores,
la esencia de mi alma, el centro de mi sér,
y en mi cerebro ardiente hacer brotar las flores
que en germen hoy esperan la luz de tu querer?

—

Ven pues; ya mi pequeño hogar te abre sus puertas;
modesto es y sencillo; ¡no importa, mi ideal!
que al darte las del alma de par en par abiertas,
te ofrezco en ella un trono do reines sin rival.

—

Acéptale, mi buena, mi hermosa soberana;
humilde te lo ofrezco, ven á reinar en él!
¡al porvenir marchemos! ¡quién sabe si mañana
pondrá á ese trono el mundo un sol por escabél!

—

Ya el sacerdote espera; ven, ya sobre las santas
aras, fulgente brilla la cruz del Redentor;
¡ven, oh mi dulce esposa, juremos á sus plantas,
amarnos con eterno, con inmortal amor!

J. RODRÍGUEZ GUZMÁN.

21 Octubre, 1884.



Un encuentro.

Y! Quién iba á presumir
que después de cuestionar
habíamos de acabar
por salirnos á batir!
¿Quién fué el culpable?... No sé.
¿Cuál fué el motivo?... Lo ignoro.
Lo cierto y lo que deploro
es el miedo que pasé.
Empezó por una broma,
ofendió mi dignidad,
le dije una atrocidad
y... ¡por poco me desloma!
¡Esto más! Al ver su audacia,
no teniendo un guante á mano,

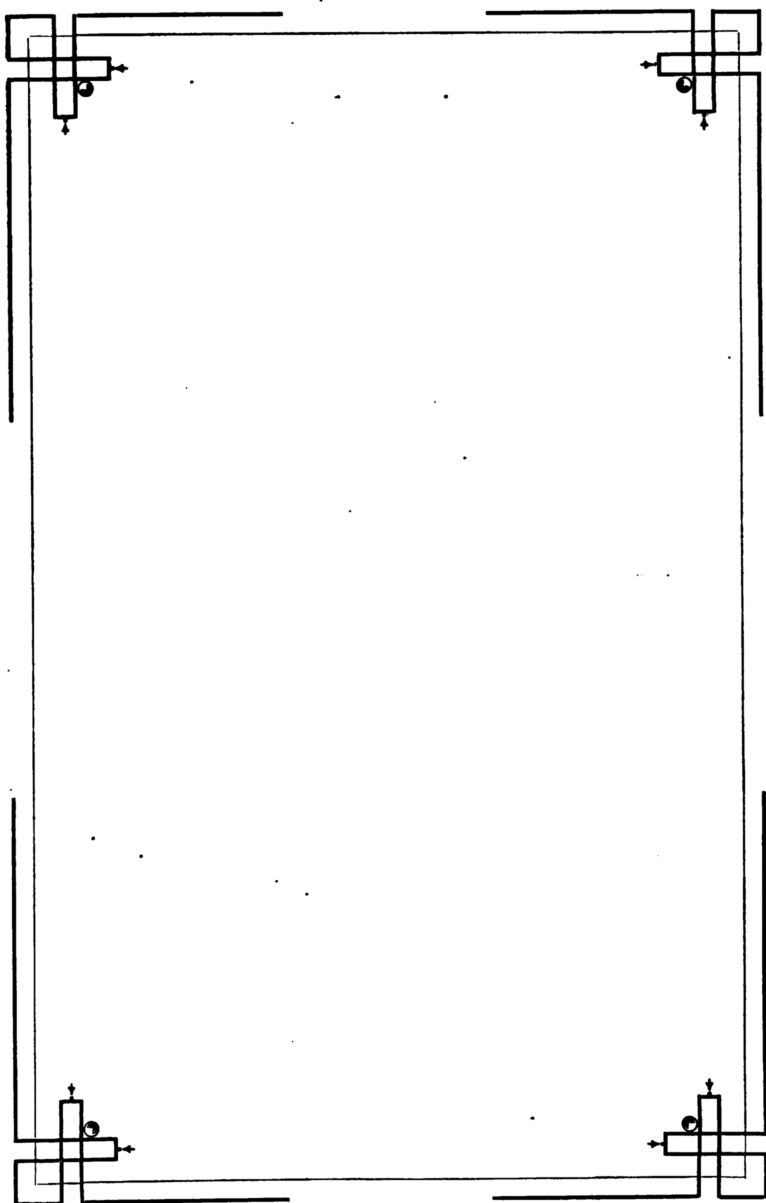
le tiré un cigarro habano,
que él recogió... por desgracia!
El insulto fué cruel,
pero el desprecio peor.
Si yo lo pienso mejor,
se lo tiro de papel.
Concertado el desafio,
yo, que jamás fingir puedo,
entonces *fingía* un miedo
de padre y muy señor mio!
Él, por su parte, decía
que salía al campo á gusto,
pero ¡no era flojo el susto
que el desdichado tenía!
Toda la gente en corrillos
de valientes nos tildaba.
—En efecto—yo pensaba—
somos dos valientes... pillos.
A la mañana siguiente,
con el cerote mayor,
me fuí al campo del honor
á echármelas de valiente.
Ante los sables, mi vista
un momento se anubló,
¡y eso que tenía yo
mucha fama de sablista!
Tomé el arma... ¡Con qué apuros!

Entonces recobré aliento
y hasta acaricié el intento
de pedirle cinco duros.
  Mi rival miróme así
como quien pide perdón,
y por mostrar corazón,
la verdad, no se lo dí.
  Puestos ambos en el potro,
empezó el ataque rudo.
Ninguno de los dos pudo
dejar tendido allí al otro.
  Pues de la revancha en pos,
al embestir, ¡vive Dios!
con empuje y arrogancia,
retrocedimos los dos....
¡á cien metros de distancia!

F. ROIG BATALLER.

Valencia, 1895.





¡Gramínea!

(IDILIO DE JARDÍN.)

ENTRE las amapolas
hijas del valle,
nació de una gramínea
el verde talle.
Ya en sus albores,
su cerviz le inclinaban
las frescas flores.

—

Creció en el mes de Mayo:
se hizo tan bella,
que un jazmín, su vecino,
prendóse de ella
con embeleso,
y murmuró una fuente
que escuchó un beso.

Dulce rumor de amores
trajo la brisa:
cien claveles danzaron
por su sonrisa;
bailes y coro,
conmover no lograron
sus hojas de oro.

—

Una fresca mañana
oyó la fuente
al rasgarse las brumas
por el Oriente:
—*¡Por ti me muero!*—
y la voz de gramínea:
—*¡También te quiero!*—
Gran concierto entonaron
los ruiseñores:
mandó el sol desde el zénit
luz y colores,
perlas y brillo,
y aromas despidieron
rosa y tomillo.

—

¡Cuán feliz es gramínea,
según la fuente!
Su jazmín embalsama
el tibio ambiente,

y en sus amores,
de continuo la cubren
sus blancas flores.
Y la envía la luna
rayos de plata:
las nubes, los topacios
y la escarlata.
De Dios la mano,
en sus bellas espigas
coloca el grano.

—

El jazmín una noche
la encontró hermosa:
la vieron las estrellas
linda y dichosa,
y así la vieron
la aurora y el crepúsculo
cuando nacieron.
Pero aquella gramínea
tan adorada,
asomóse á la fuente
una alborada,
y llegó el día,
y observó en sus cristales
que envejecía.

—

Y vino el sol de Julio:

dictó cruel fallo,
y abrasándola el alma
secó aquel tallo!
Fatal cadena!
El jazmín, solo y triste,
murió de pena!

—

Ya el ruiseñor no canta,
sino que llora!
Ya se calló la fuente
murmuradora!
Ya no hay amores,
ni envía el sol de Mayo
luz ni colores.
Ni al viento los claveles
sueltan su danza;
ni aromas da el tomillo;
ni hay esperanza;
que hiela Enero,
y el jardín sólo viste
flor de romero!
. . . .

—

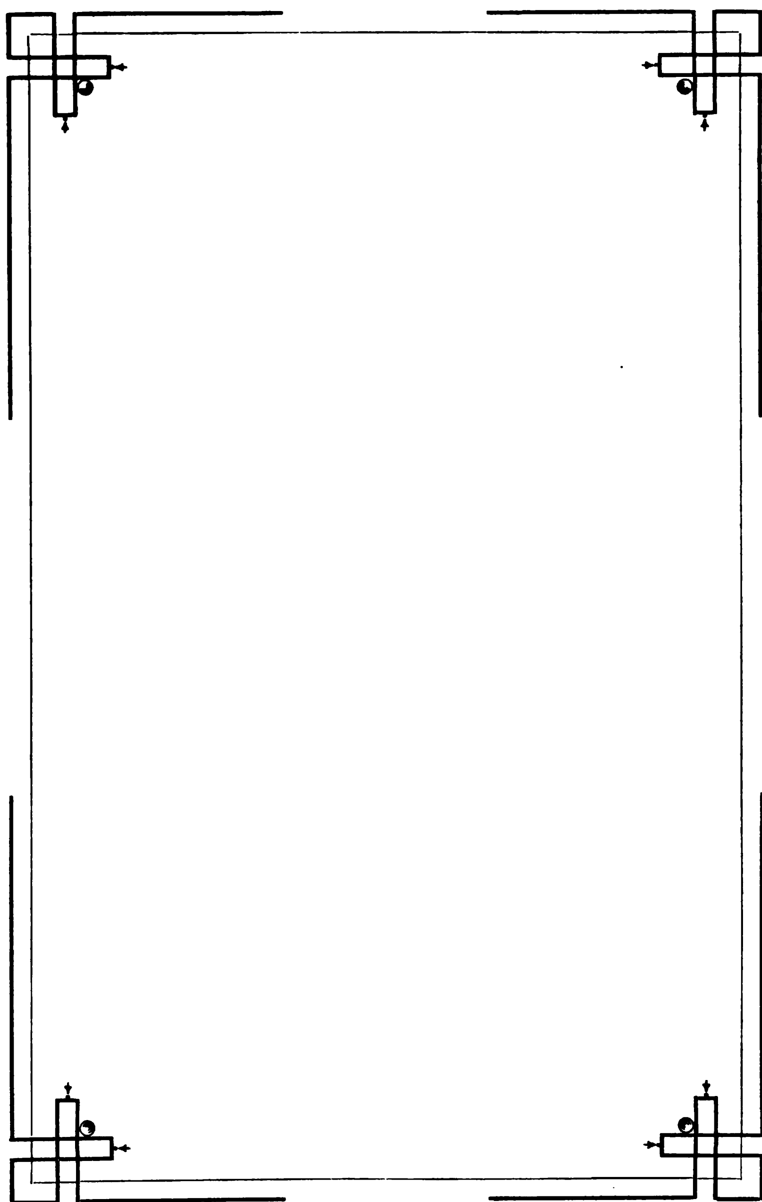
Al jazmín y á gramínea,
secos y unidos,
les sorprende la escarcha
siempre dormidos!

Lágrimas vierten!...
¡Que no los toque nadie:
no se despierten!!

ANTONIO ROIG CIVERA.

Valencia, 1895.





Aspiración á la vida eterna.

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.

DULCES deliquios de amor,
tiernas endechas cristianas,
vosotras templáis galanas
el martirio y el dolor;
¿qué importa ya que la flor
de espinas esté erizada,
cuando sabe que no es nada
esta patria transitoria,
donde quizá es ilusoria
hasta la dicha soñada?

—

¡Cuán dichoso quien comprende

el mundo como Teresa
y busca en su noble empresa
lo que el mundo nunca entiende!
¡Cuán feliz es el que tiende
á la Santa Cruz los brazos
y estrecha con fuertes lazos
su cariño al Creador,
para que el mundo traidor
no se lo rompa en pedazos!

—

Vivo sin vivir en mi,
dice Teresa extasiada;
sin mi Dios no quiero nada
si esa vida es la de aquí;
mi alma vive sólo en Ti,
y aunque no debe dudar
que en el mundo ha de morar
mientras su materia aliente,
con alma y materia siente
que vive aquí á su pesar.

—

¡Ah! la vida es poca cosa
y es incomprensible arcano
para el que desprecia insano
la enseña santa y gloriosa;
la pura y fragante rosa
vivir tal vida no quiere,

porque á su oído aún le hiere
del mundo el falso rumor;
por eso busca al Señor
y muere porque no muere.

—

Teresa, que fué un modelo
de virtud, ciencia y pureza,
reforzó la fortaleza
y el baluarte del Carmelo;
buscó en el retiro el cielo,
y el cielo al fin encontró,
que mucho siempre alcanzó
quien por la fé se desvela
y con entusiasmo anhela
lo que el mundo despreció.

—

¡Oh religión salvadora,
del desgraciado consuelo,
que das albergue en el cielo
á quien sus pecados llora;
oh arca santa y bienhechora
del que cree en la verdad
y busca su libertad
despreciando á la materia,
vil podredumbre y miseria
de la loca humanidad!

—

Tú, que dotaste á Teresa
de un corazón fervoroso,
presta á nuestra alma el reposo
y del mal sácala ilesa;
dános en tan noble empresa
para vivir sin vivir,
el consuelo de decir
lo que la Santa afligida,
esperar más alta vida
y morir por no morir.

José SANCHIS CATALÁ.

Valencia, 1895.



A un coplero.

No presumas de poeta,
cuando eres un buen coplero;
que el ser poeta no estriba
en escribir buenos versos.
Es un don la poesía
que otorga á pocos el cielo,
y sólo los escogidos
ciñen los lauros del genio.
No siempre es cisne el que canta,
ni artista el que ensucia lienzos,
ni tribuno el que perora,
ni censor el que dá recio.

No basta, nó, tener alas
para remontarse al cielo;
alas tiene el avestruz
y se arrastra por los suelos!

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

Madrid, 1895.



Crepúsculo.

Se hundía el sol tras las cumbres
de aquel picacho distante,
tiñendo de ópalo y grana
los caprichosos celajes.
Al abandonado nido
raudas tornaban las aves
y los hijos del trabajo
á sus tranquilos hogares,
con canciones en los labios
y alegría en los semblantes.
Junto á la vieja ventana
guarnecida de follajes,
enlazadas nuestras manos
y unidos nuestros pesares,
contemplando silenciosos

aquel sol agonizante,
estábamos ella y yo,
tristes los dos, los dos graves.
En el nido del tejado
dos golondrinas amantes
asomaban sus cabezas...
¡tal vez aprendiendo á amarse!
Y nosotros, subyugados
por éxtasis inefable,
sentíamos nuestras almas
á otros mundos elevarse.

—

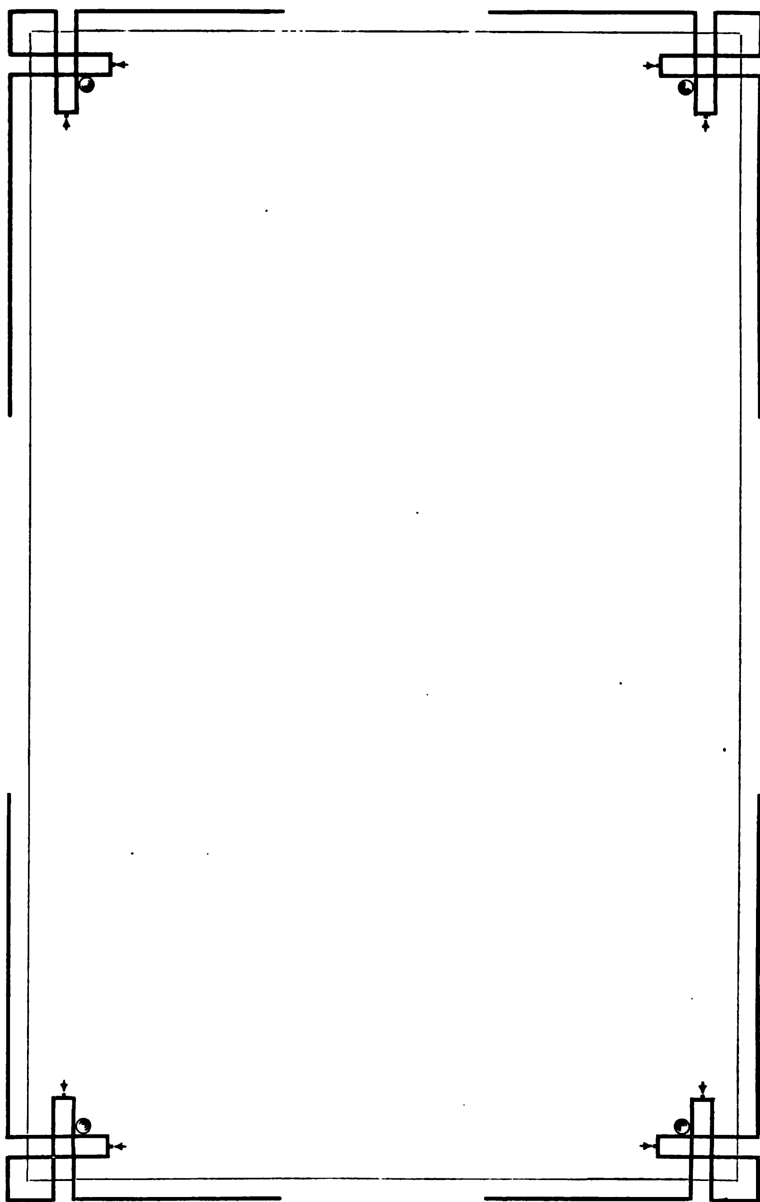
Cual rey que en honrosa fuga
sus ricas galas esparce,
al fin el astro ocultose
tras el picacho salvaje,
dejando en pós franjas de oro
y nacarados celajes.
En el turbio azul del cielo,
como perla sin engarce,
brilló con luz temblorosa
el lucero de la tarde.
En la alta torre del templo,
con ecos irregulares,
sonó el *Ángelus* solemne,
como nunca, triste y grave.
Exhaló entonces mi amada

un suspiro vacilante,
y doblando la rodilla
y á hacer lo propio obligándome,
murmuró con dulce acento:
—Reza conmigo un instante....
¡Siquiera un Avemaría
por el alma de mi madre!

V. SERRANO CLAVERO.

Requena, 1895.





Intimas.

A.....

RAMAS de un mismo tronco
la misma savia tienen;
la misma esencia de sus flores brota;
la misma brisa su ramaje mueve;
el mismo sol sus hojas abrillanta,
y hasta el mismo huracán las troncha, y mueren!
Por eso, como son de un mismo tronco
ramas nuestras dos almas,
nos halagan las mismas ilusiones;
nos sonríen las mismas esperanzas;
nos conmueven las mismas alegrías,
y hasta las mismas penas nos desgarran!...

—

Al mirar cual las altas montañas
se cubren de nieve,
como blanco sudario en que el monte
al llegar el invierno se envuelve,
del amor que tu pecho guardaba
la imagen se advierte,
de tu amor, que á su invierno ha llegado,
y el desvío cubrió con sus nieves.

Rayo ardiente del sol del estío
la nieve deshace,
y la torna en arroyos que bullen
fecundando praderas y valles;
y aún espera fundir tu desvío
mi pecho anhelante,
al calor del amor que le abrasa,
y aún espero que vuelvas á amarme.

. . . .
. . . .

Hay montañas que siempre aparecen
de nieve cubiertas!...
¡Quiera Dios que en tu pecho el desvío
no se halle formado por nieves perpétuas!...

—

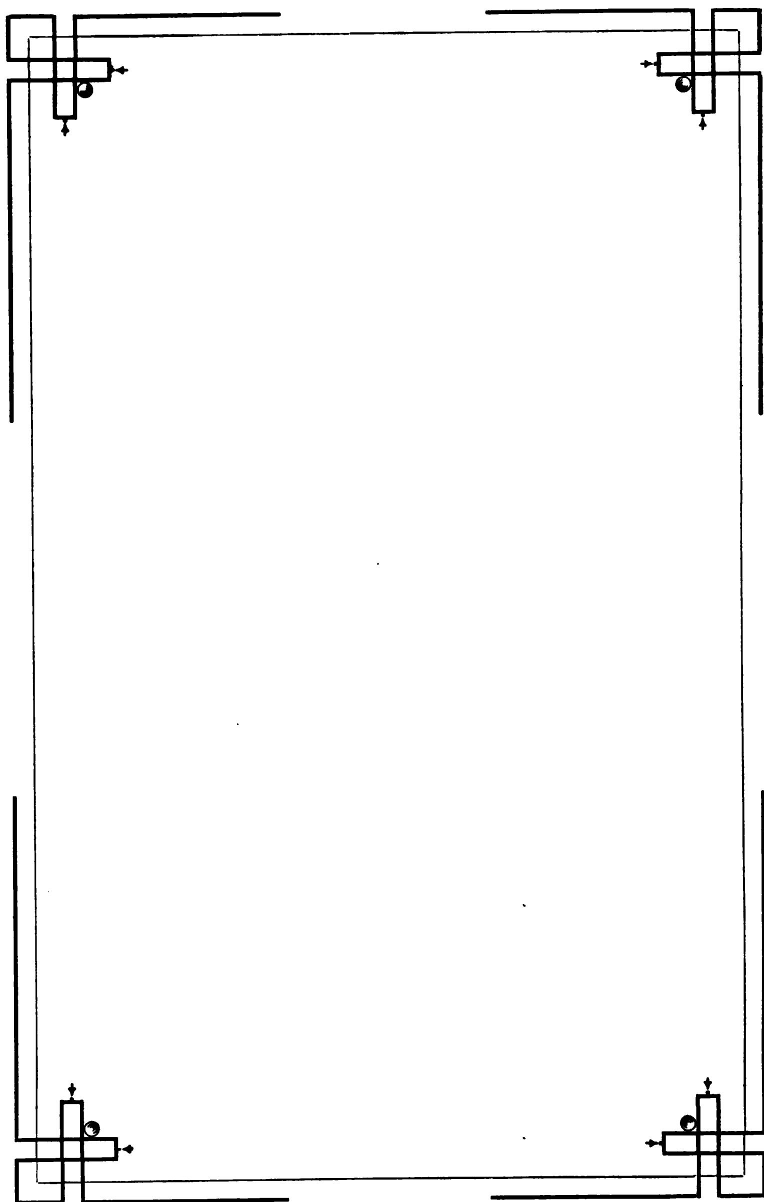
¿Saber pretendes lo que vale un beso?
No dirijas preguntas á los sabios;
mira no más en dónde queda impreso
el roce apasionado de los labios.

Besa en la frente la filial ternura;
besa en el rostro el alma indiferente;
besa en los ojos la lascivia impura;
besa en la boca la pasión ardiente.
Sólo el amor de madre, ¡amor sublime!
de su inefable dicha en los excesos,
sin darse cuenta, donde el labio imprime,
al que es sér de su sér se come á besos.

CARLOS TESTOR.

Valencia, 1895.





La moderna Babel

Hoy como ayer, siempre igual,
desenfrenado y cruel,
alza el mundo su Babel
preso de un sino fatal;
torre altiva y portentosa
que ve la soberbia humana
llegar al cielo mañana
cual si fuera fácil cosa.
Coloso fué la de ayer,
y en sus muros de granito
llevaba quizás escrito:
«Orgullo», «Fuerza», «Poder».
La de hoy, con más pretensiones,
encierra en cada muralla

un cerebro que batalla
con treinta mil opiniones.
Aquella torre de ayer,
torre de Babel se llama;
la que levanta la fama
tiene por nombre «Saber»;
y entre el orgullo del fuerte
y el orgullo de los sabios,
Dios que sin mover los labios
marca del hombre la suerte.
Do quier parece, en conciencia,
que el mundo crece y se ensancha,
porque en la ruda avalancha
todo lo invade la Ciencia;
mas ¡ah! que si apostasía
de la fé de sus mayores,
vanos son los resplandores
de esa ciencia, por impía.
Así proclama el ateo
«No hay Dios», y la muchedumbre,
por variar de costumbre,
dice caprichosa, creo;
así cantando victoria
dice un pensador «No hay alma»,
y el mundo, falto de calma,
lega su nombre á la gloria;
después, el bien, la moral,

la virtud, la religión,
pensamiento, corazón,
lo intangible, lo inmortal,
poder, sociedad, Estado,
materia, cerebro, vida,
toda realidad sentida,
todo sér imaginado,
lo mismo la libertad
que las leyes de la herencia,
las causas de la existencia,
la muerte y la voluntad,
todo en confuso tropel
quiere analizarlo el mundo,
gran filósofo, profundo,
gran maestro, así va él.
Cuando ha logrado inquirir
que amalgamar sin más tino
lo humano con lo divino,
y pensar y discurrir
con tamaña libertad,
es sólo, si bien se mira,
dar pábulo á la mentira
disfrazando la verdad,
piensa en su situación
tan inicua como odiosa,
y entonces crea una Diosa,
esa Diosa es la Razón.

Febril, voluble, inconstante,
tan hermosa y atractiva
como perjura y esquiva,
coquetona y petulante,
más bien que una dama honrada
que por sus pudores vela,
parece una mujerzuela
con humos de recatada.
¡Pobre humanidad sin seso!
no extrañes que no me asombre;
tu locura tiene un nombre,
la locura del Progreso;
pero renegaste un día
de Aquel que te ha dado el sér,
y esa torre del Saber
fruto es de tu ciencia impía.
A la sombra y protección
de sus altivas murallas,
sostienen rudas batallas
el sentir y la opinión,
y es esa lucha sin cuento
desordenada y cruel,
la más horrible Babel,
la Babel del pensamiento.

José TOMÁS Y VILLAMAZARES.

Valencia, 1895.

Las olas.

Siempre traidoras, como las hembras;
siempre movibles, como las almas;
amargas siempre, como el olvido,
y siempre verdes cual la esperanza,
besan la tierra, como el esclavo,
espumarajos, cual ébrio lanzan,
mojan, envuelven, hunden, anegan,
y palpitando.... rugen y matan.
¡Eterna imagen de lo infinito!
de lo que lucha, de lo que estalla!....
Lo más gigante de lo creado!
lo más temible que Dios formara!
Y de estas olas, sólo en el mundo
doma el impulso, vence la rabia,
el corcho inmundo con agujeros

que aunque ellas quieran, jamás lo tragan....
¿Quién las domina? ¿Quién las desprecia?
¿Quién, con sarcasmo, sobre ellas baila?
Pues..... la corteza del *alcornoque*....
¡Lo más estúpido que el mundo guarda!!

José MARÍA DE LA TORRE.

Valencia, 1895.



El hijo caballero

En la más bella región
que el Turia en su curso baña,
ha comprado el tío Antón
un delicioso rincón
de nuestra querida España.
Arroz siembra en la ribera,
fresas de un cerro al abrigo,
pinos tiene en la ladera
y en el llano eleva el trigo
su dorada cabellera.
Al emparrado las barras
le doblega el fruto opimo
que da de vino mil jarras,
y no pueden ya las parras
sostener tanto racimo.

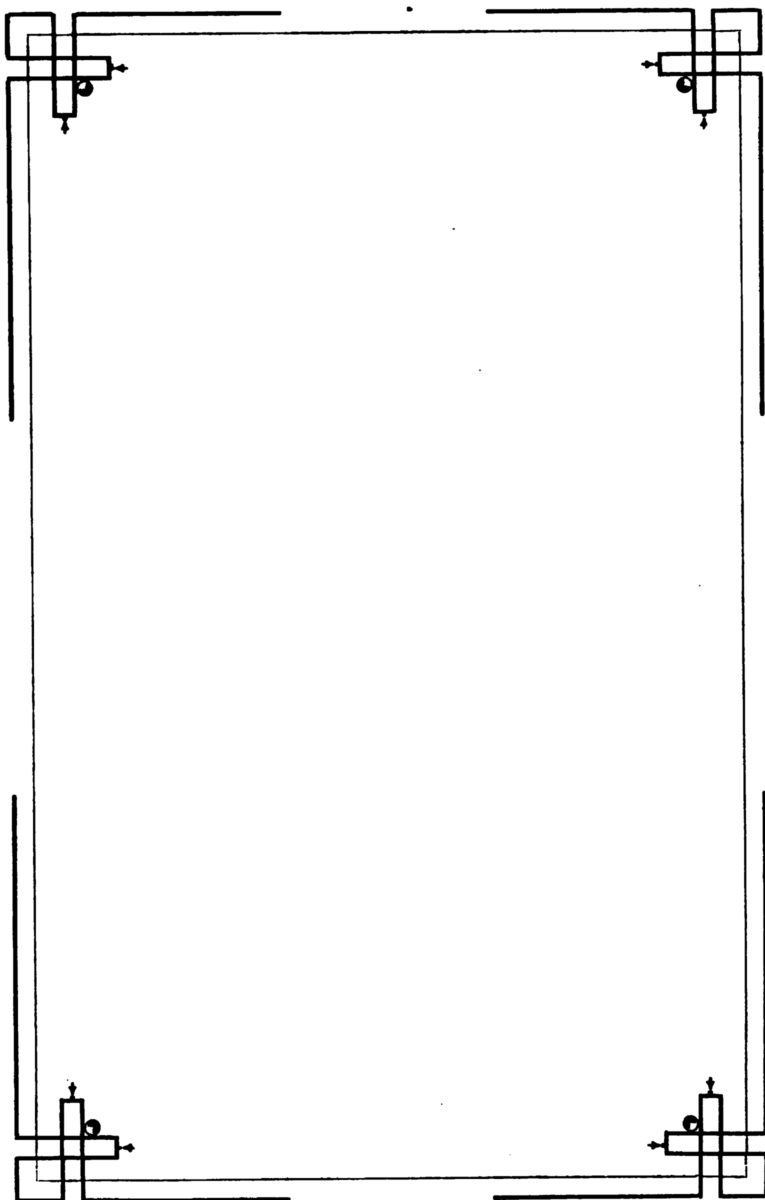
Ni aun el invierno quería
marchitar con sus rigores
tal vergel, y parecía
que de puntillas venía
por no deshojar las flores.
Tan dichoso se encontraba
con sus viñas y olivares
el tío Antón, que no hallaba
más cuidados ni pesares
que los que el campo le daba.
Siempre con el suelo en guerra,
hendía con firme puño
el azadón en la tierra
para robarle al terruño
los mil tesoros que encierra.
Pero, acaso avergonzado
de verse tosco y grosero,
pretendió que su hijo amado,
siendo más afortunado,
fuese *todo un caballero.*
Fué el hijo del labrador
á ilustrarse decidido,
y aprendió lo que en rigor
le fuera mucho mejor
que nunca hubiese sabido:
la torpe lubricidad
que el espíritu envilece,

y esa ciega vanidad
del dinero, que ennoblece
el vicio y la ociosidad.
  Pronto logró el hijo amado
sobre aquellas posesiones
del labrador hacendado,
lo que no hubieron logrado
ni pedriscos ni ciclones.
  Y ya el viejo sin dinero,
mirando á su hijo en el lodo,
quiso hacerle jornalero,
mas vió Antón que el *caballero*
era inútil para todo.
  Y él solo volvió á su guerra,
hendiendo con firme puño
el azadón en la tierra,
para robarle al terruño
los mil tesoros que encierra.

RAFAEL TORROMÉ.

Valencia, 1895.





Una salve en la huerta.

I.

El cielo sonriente de esperanzas,
que cobija á la espléndida llanura,
es el brillante pabellón de gloria
que Dios colgó en la altura.

Ese sol que conforta y enardece
al yerto corazón, son celestiales
fulgores, que de un velo tan ligero
se escapan á raudales.

¡Qué hermosa es nuestra huerta! Como un búcaro
volcado allá en las cumbres de la sierra,

cubre maravillosa florescencia
la perfumada tierra.

Allí riela el sol en las dormidas
aguas de las marjales,
mientras en sus espigas van cuajando
perlas los solitarios arrozales.

Aquí asoman detrás de las piteras,
cual hadas guardadoras de un tesoro,
los naranjos en flor ó engalanados
con sus manzanas de oro.

Los rojizos bancales del secano
que abrazan los sarmientos,
las alegres laderas por que trepan
los añosos olivos cenicientos,

las sendas á la vera de la acequia,
que entre chopos, cañares y laureles,
vá en pos dejando, cual fecunda huella,
jardines y verjeles;

La línea de fuego que en el fondo
de rojos horizontes
rodea como un nimbo arrebolado
las luminosas crestas de los montes;

La ola fosforescente del tranquilo
mar que refleja cual bruñida plata,
y en el sereno azul ténues celajes
de nieve y escarlata;

La huerta como inmensa canastilla
de flores y alegría;
decid si este conjunto esplendoroso
no es para deslumbrar la fantasía.

Los pueblos cual bandada de palomas
reposando su vuelo
en torno de la iglesia, cuya torre
señala inmoble en el espacio al cielo.

La huertana de límpida mirada
como alborada luminosa y clara,
tallo cimbreante de rosal el talle,
y rosas en la cara.

La de pálida tez y ojos ardientes,
las de sin par belleza
hermanando á porfía los encantos
de modestia, virtud y gentileza.

Las barracas dispersas por la huerta
con su alegre blancura,

cual nítidas espumas destacando
en inmensa oleada de verdura.

Y aún más blanca una ermita medio oculta
entre el follaje de un rincón florido,
asilo de consuelo y esperanza,
de ruiseñores nido.

Al recibir el alma palpitante
tan dulces impresiones,
decid si este raudal de sentimientos
no es para conmover los corazones.

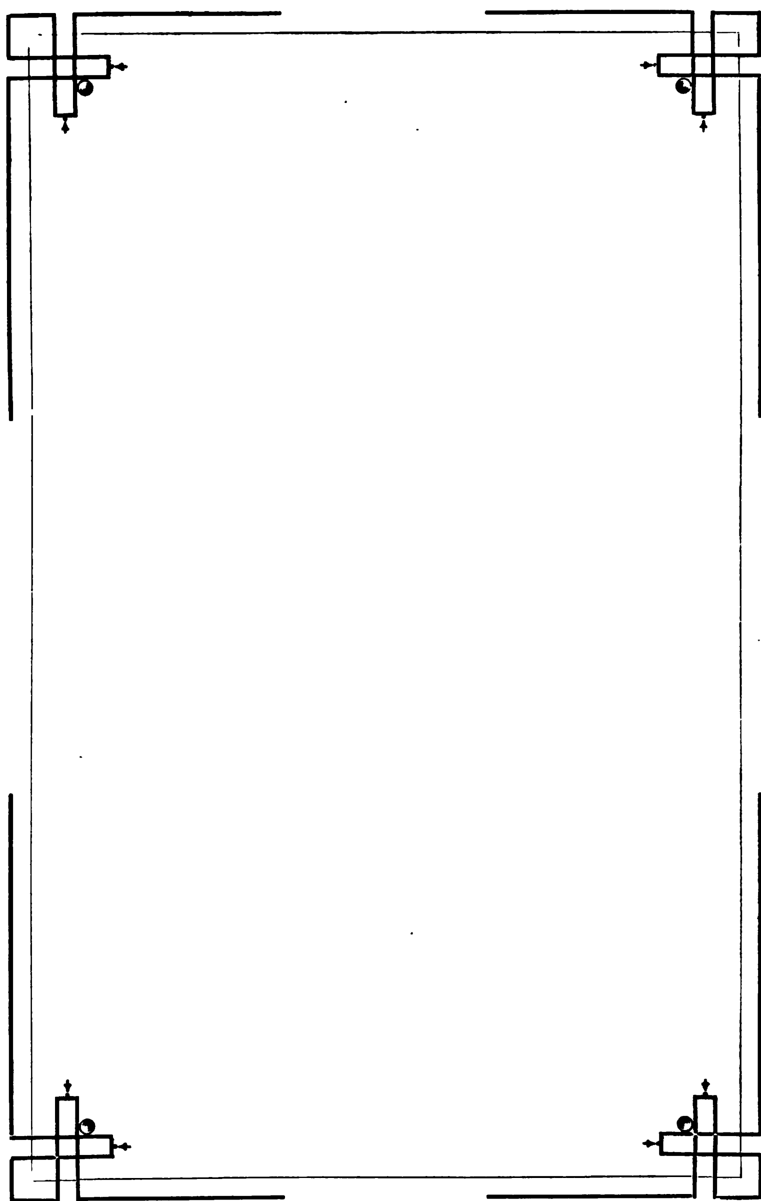
II.

La claridad difusa y opalina,
cernida en las neblinas vaporosas,
difumina el paisaje suavemente
con tintas melancólicas.
Luego en la calma silenciosa lanza
el toque de oración sus melodiosas
notas, que allá en el fondo de las almas
resuenan con dulzura misteriosa.
Luce la ermita sus mejores galas
festejando á la Virgen su patrona;
ascua de oro parece el ara santa
y la imagen ¡qué hermosa!

Al pié del altar arden en ofrenda
cirios de varias formas;
¡cuánta fé y confianza representan
aquellas lucecitas temblorosas!
Unas piden con ansia por el padre
que, lleno de congoja,
lucha con la miseria; por la madre,
que agoniza entre angustias dolorosas;
Por el hijo, que en mares procelosos
entre peligros boga;
por el alma que en mares más terribles
en la borrasca del dolor zozobra;
Por el herido corazón que estrujan
las cuitas amorosas,
mientras extingue la última esperanza
sus luces vacilantes y traidoras.
Compendiando en dulcísima plegaria
tan múltiples congojas,
el pueblo en masa, ante el altar postrado,
«Salve Regina» con fervor entona,
Y un eco les responde en las alturas.
Luego la estrella vespertina asoma
y la tarde plegando sus celajes
pasa el confín siniestro de las sombras.

LEOPOLDO TRENOR Y PALAVICINO.

Valencia, 1895.



Risa y llanto.

Ya no me extraña que me juzguen loco,
pues alguien asegura por su fé,
que yo hablo á solas, río á carcajadas
y sollozo después.

Ya no me extraña que las gentes digan
que soy un desalmado.... soy un vil,
pues me río de todos los que sufren
y aborrezco al feliz.

Ya no me extraña que me miren todos
como una cosa rara... excepcional...
pues me pongo á llorar cuando alguien ríe,
y si llora, á cantar.

Mis risas y mi llanto, son la causa
de que formen de mí tal opinión;
¡qué poco entienden, los que así me juzgan,
de risas y dolor!

Yo sé por qué rio y por qué lloro,
yo sé por qué aborrezco al que es feliz,
yo sé por qué, si lloran, rio y rio....
¡y lloro al ver reir!

Yo lo sé y tú lo sabes, amor mio;
mas nunca lo diré.... ¡cállalo tú!
¡No quiero que te juzguen.... nó, no quiero,
porque te amo aún!!

LUIS DE VAL.

Barcelona, 1895.



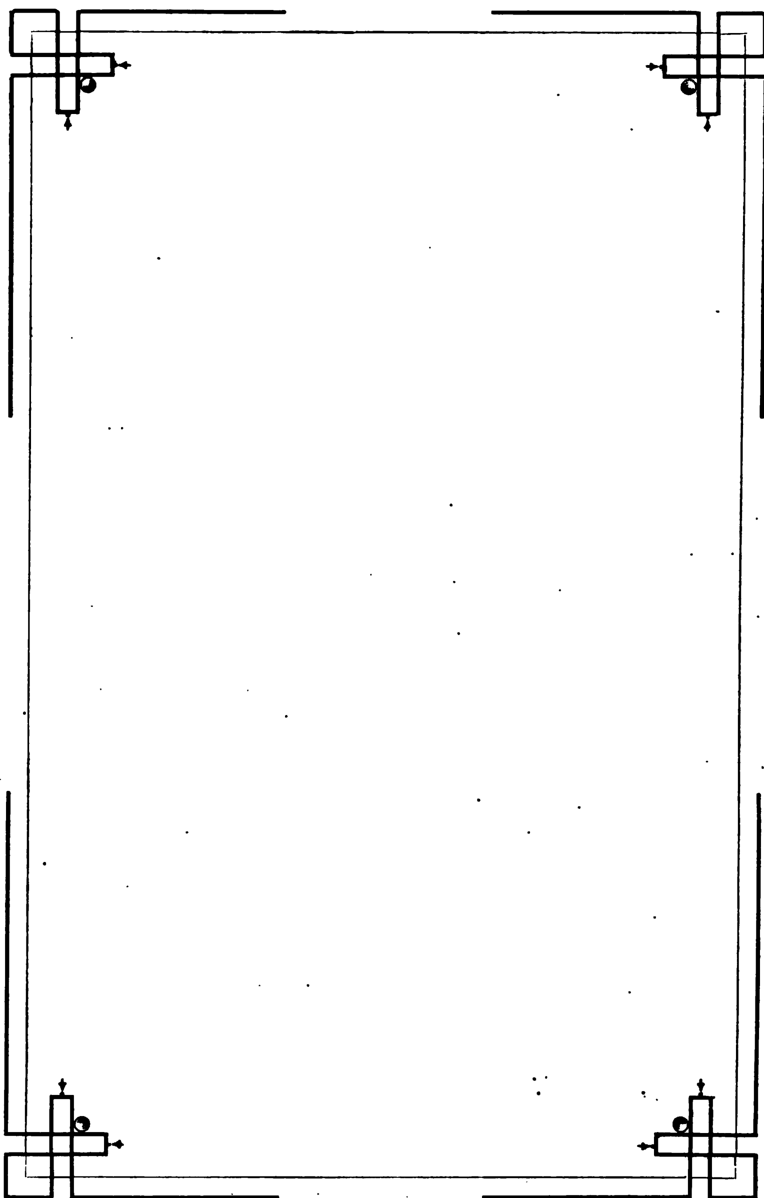
¡Primavera!

(A MI CARO AMIGO V. SERRANO CLAVERO)

HIJA del sol á quien el sol sublima
y en quien perpétua juventud florece,
por sendas que perfuma y embellece
la dulce primavera se aproxima.
El hondo valle, la escarpada cima,
y el mar, que espejo de cristal parece,
todo con su presencia resplandece,
todo á su influjo bienhechor se anima.
La creación entera es arpa santa
que, tras las brumas del obscuro invierno,
los esplendores de la vida canta.
Y como arrullo apasionado y tierno,
hacia la azul esfera se levanta
del amor inmortal el himno eterno.

RAFAEL VILLENA.

Requena, 1895.



En Noche-Buena.

A MIS ANCIANOS PADRES.

I.

Un año más en el hogar paterno
celebramos la fiesta del Dios-niño,
símbolo augusto del amor eterno,
cuando cubre los montes el invierno
con su manto de armiño.

II.

Como en el día de la fausta boda
ó en el que el santo de los padres llega,
la turba alegre de los niños juega,
y en la ancha sala la familia tòda
de noche se congrega.

III.

La roja lumbre de los troncos brilla
del pequeño dormido en la mejilla,
que con tímido afán su madre besa,
y se refleja alegre en la vajilla
de la dispuesta mesa.

IV.

A su sobrino, que lo escucha atento,
mi hermana dice el pavoroso cuento,
y mi otra hermana la canción modula
que, ó bien surge vibrante, ó bien ondula
prolongada en el viento.

V.

Mi madre tiende las rugosas manos
al nieto que huye por la blanda alfombra,
hablan de pié mi padre y mis hermanos,
mientras yo, recatándome en la sombra,
pienso en hondos arcanos.

VI.

Pienso que de los días de ventura
las horas van apresurando el paso,
y que empaña el oriente niebla obscura,
cuando aún el rayo trémulo fulgura
último del ocaso.

VII.

¡Padres míos, mi amor! ¿Cómo envenena
las breves dichas el temor del daño?
Hoy presidís nuestra modesta cena,
pero en el porvenir.... yo sé que un año
vendrá sin Noche-Buena.

VIII.

Vendrá, y las que hoy son risas y alborozo,
serán muda aflicción y hondo sollozo;
no cantará mi hermana, y mi sobrina
no escuchará la historia peregrina
que le da miedo y gozo.

IX.

No dará nuestro hogar rojos destellos
sobre el limpio cristal de la vajilla,
y, si alguien osa hablar, será de aquellos
que hoy honran nuestra fiesta tan sencilla
con sus blancos cabellos.

X.

Blancos cabellos cuya amada hebra
es cual corona de laurel de plata,
mejor que esas coronas que celebra
la vil lisonja, la ignorancia acata
y el infortunio quiebra.

XI.

¡Padres míos, mi amor! Cuando contemplo
la sublime bondad de vuestro rostro,
mi alma á los trances de la vida templo,
y ante esa imagen para orar me postro,
cual me postro en el templo.

XII.

Cada arruga que surca ese semblante
es del trabajo la profunda huella,
ó fué un dolor de vuestro pecho amante.
La historia fiel de una época distante
puedo leer yo en ella.

XIII.

La historia de los tiempos sin ventura
en que luchásteis con la adversa suerte,
y en que, tras negras horas de amargura,
mi madre se sintió más noble y pura
y mi padre más fuerte.

XIV.

Cuando la noche toda en la cansada
labor tuvísteis vuestros ojos fijos,
y, al venceros el sueño á la alborada,
fuerzas os dió posar vuestra mirada
en los dormidos hijos.

XV.

Las lágrimas correr una tras una
con noble orgullo por mi faz yo siento,
pensando que hayan sido, por fortuna,
esas honradas manos mi sustento
y esos brazos mi cuna.

XVI.

¡Padres míos, mi amor! Mi alma quisiera
pagaros hoy la que en mi edad primera
sufristeis sin gemir, lenta agonía,
y que cada dolor de entonces fuera
germen de una alegría.

XVII.

Entonces vuestro mal curaba el gozo
de ver al hijo convertirse en mozo,
mientras que al verme yo en vuestra presencia,
siento mi dicha ahogada en el sollozo
de una temida ausencia.

XVIII.

Si el vigor juvenil volver de nuevo
pudiese á vuestra edad, ¿por qué estas penas?
Yo os daría mi sangre de mancebo,
tornando así con ella á vuestras venas
esta vida que os debo.

XIX.

Que de tal modo la aflicción me embarga,
pensando en la posible despedida,
que imagino ha de ser tarea amarga
llevar la vida, como inútil carga,
después de vuestra vida.

XX.

Ese plazo fatal, sordo, inflexible,
miro acercarse con profundo espanto,
y en dudas grita el corazón sensible:
—«Si aplacar al destino es imposible,
¿para qué amarnos tanto?»

XXI.

Para estar juntos en la vida eterna
cuando acabe esta vida transitoria:
si Dios, que el curso universal gobierna,
nos devuelve en el cielo esta unión tierna,
yo no aspiro á más gloria.

XXII.

Pero en tanto, buen Dios, mi mejor palma
será que prolonguéis la dulce calma
que hoy nuestro hogar en su recinto encierra:
para marchar yo solo por la tierra
no hay fuerzas en mi alma.

† Vicente W. QUEROL.

ÍNDICE

PÁGINAS

ACABÓSE DE ESTAMPAR ESTE LIBRO
EN VALENCIA, EN LA IMPRENTA
DE FRANCISCO VIVES MORA
HERNÁN CORTÉS, N.º 6
EL DÍA XXV DE OCTUBRE
DE MDCCCXCV
AÑOS.



